



VIDA RELIGIOSA

Revista al servicio de la vida consagrada

ENE 2026 | N° 1 vol. 141



Entrevista

La música, lenguaje del Evangelio

Releyendo
«Vita consecrata»

Conflictos
comunitarios

NOVEDAD



FRECUENTAR EL FUTURO V Palabras a la vida consagrada (2024-2025) PAPA FRANCISCO. P.V.P.: 20 euros

Este libro recoge los textos correspondientes a los años 2024 y 2025, los últimos de su pontificado. Leídos a la luz del conjunto, adquieren un tono particular, casi testamentario. No porque el Papa anunciara un final, sino porque en ellos se percibe con claridad lo esencial de su mensaje, despojado de todo accesorio: la llamada a volver al Evangelio, a custodiar la vida interior, a vivir la consagración como profecía humilde y fecunda en medio del pueblo de Dios. Estos discursos, homilías y mensajes muestran con claridad que Francisco no ofreció a la vida consagrada un programa técnico de reformas, sino algo más exigente y más sencillo a la vez: una espiritualidad evangélica capaz de sostener la fidelidad en tiempos de cambio.

Este libro recoge los textos correspondientes a los años 2024 y 2025, los últimos de su pontificado. Leídos a la luz del conjunto, adquieren un tono particular, casi testamentario. No porque el Papa anunciara un final, sino porque en ellos se percibe con claridad lo esencial de su mensaje, despojado de todo accesorio: la llamada a volver al Evangelio, a custodiar la vida interior, a vivir la consagración como profecía humilde y fecunda en medio del pueblo de Dios. Estos discursos, homilías y mensajes muestran con claridad que Francisco no ofreció a la vida consagrada un programa técnico de reformas, sino algo más exigente y más sencillo a la vez: una espiritualidad evangélica capaz de sostener la fidelidad en tiempos de cambio.

REGALA SINODALIDAD

Una práctica colección de cuadernillos que irá aumentando a lo largo del año, creada por el CELAM y Editorial Claretiana (Argentina), sobre distintos aspectos de la sinodalidad con sugerencias para la reflexión personal y la renovación pastoral.



Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º 28008 Madrid
Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com
www.publicacionesclaretianas.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz
DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

AL SERVICIO DE LA VIDA CONSAGRADA

La revista *Vida Religiosa* cumple 82 años. Nacida el 1 de enero de 1944, prosigue su ya larga andadura histórica mirando al futuro. Frente a la tentación del desánimo y la retirada, apostamos por seguir acompañando a la vida consagrada en esta etapa de fragilidad, pero también de misteriosa fecundidad y esperanza. El nuevo logo que aparece en la cubierta quiere acentuar que se trata de una revista al servicio de todas las formas de vida consagrada y en estrecha relación con las demás obras de los misioneros claretianos que trabajan en este campo; en especial, el Instituto Teológico de Vida Religiosa, la Escuela *Regina Apostolorum* y la editorial Publicaciones Claretianas.

Desde el ámbito académico, formativo y editorial, queremos caminar junto a las personas consagradas (religiosos y religiosas, miembros de institutos seculares y sociedades de vida apostólica, vírgenes consagradas, etc.) para narrar lo que está sucediendo, iluminarlo desde la Palabra de Dios y explorar juntos nuevos caminos. La revista no está pensada solo para los religiosos —como pudiera deducirse de su título histórico— sino para las distintas formas de vida consagrada, a las que invitamos a sumarse a nuestro proyecto editorial para así reflejar mejor la variedad carismática de la Iglesia.


Los tiempos no son favorables para los medios impresos y menos para los de ámbito religioso. La reducción del número de lectores, con los consiguientes problemas económicos, está provocando la desaparición de publicaciones de larga trayectoria. *Vida Religiosa* también acusa este impacto, debido, sobre todo, al cierre continuo de casas religiosas en España e Hispanoamérica. No obstante, estamos haciendo un esfuerzo por mantener nuestro servicio y por enriquecerlo, abriendo la revista de una manera más decidida al mundo digital. En los próximos meses presentaremos el proyecto en el que estamos trabajando junto con las demás instituciones claretianas al servicio de la vida consagrada. Sin renunciar a la edición impresa, que consideramos útil y necesaria, queremos apostar por una edición digital que facilite el rápido y fácil acceso a la revista, sobre todo en aquellos países en los que hay muchas dificultades para la distribución postal. No olvidamos —como les recordaba el papa León XIV a los superiores generales el 19 de noviembre de 2025— que «la tecnología informática representa, de hecho, un desafío también para los consagrados. Por un lado, ofrece inmensas posibilidades de bien, tanto para la vida comunitaria como para el apostolado... Al mismo tiempo, sin

embargo, estos recursos pueden influir fuertemente, y no siempre para mejor, en nuestra forma de construir y mantener relaciones. Es fácil, por ejemplo, dejarse tentar por la idea de sustituir la mera conexión virtual por las relaciones reales entre las personas, donde son indispensables la presencia, la escucha prolongada y paciente y el intercambio profundo de ideas y sentimientos».

Dado el incremento de los precios (papel, impresión, distribución, etc.), nos vemos obligados a subir la cuota de suscripción. Confiamos en que nuestros lectores comprenderán esta medida y nos ayudarán a difundir la revista entre aquellos que no la conocen y que pueden encontrar en ella un valioso instrumento de formación y renovación. Por nuestra parte, seguiremos estando atentos a las necesidades que hoy experimenta la vida consagrada para responder a ellas de manera oportuna y eficaz. Estamos convencidos de que solo en el marco de una Iglesia sinodal podemos afrontar los muchos desafíos que nos reclaman.

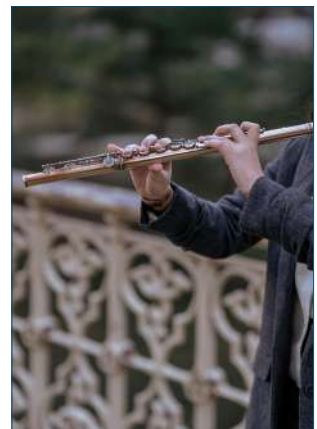
En este año 2026 recién inaugurado celebraremos el trigésimo ani-

versario de la exhortación apostólica *Vita consecrata*, la carta magna de la vida consagrada en las últimas décadas. Con este motivo, hemos abierto una nueva sección que nos ayudará a releer sus aportaciones y, sobre todo, a abrir nuevos caminos. Dedicaremos también un número monográfico a este asunto para hacer balance y señalar perspectivas. Hemos renovado casi todas las firmas de nuestros colaboradores para dar espacio a voces provenientes de distintos contextos geográficos y eclesiales. Asimismo, el consejo de redacción ha experimentado algunos cambios. Consideramos imprescindible la presencia de más mujeres que reflejen mejor el rostro mayoritariamente femenino de la vida consagrada en la Iglesia.

Todos estos cambios tienen un objetivo muy claro: servir del mejor modo posible a la vida consagrada en una coyuntura en la que lo más tentador sería desistir en el empeño y abandonarnos al derrotismo. Pero los consagrados siempre estamos en camino, conscientes de que el Espíritu de Jesús nos ayudará a sortear las dificultades y a mantener viva la esperanza. 

Nuestra portada

La partitura básica de la vida consagrada es siempre el Evangelio. Este se modula de muy distintas maneras, pero siempre tiene como tema central la persona de Jesús. Cada carisma enriquece el conjunto. Le da color y sabor. El resultado no es una cacofonía insoportable, sino una armonía atrayente. Cuando los carismas se preocupan más de la partitura común que del propio instrumento, el resultado es una ejecución armónica y creíble.



4

**Una brújula
para la misión:**

Orar con la Palabra
Cristóbal Fones

5

Experiencias:

*La vida consagrada en
medio de la tiniebla*
Carlos González

10

Desde la otra orilla:

Nacer de nuevo
Liliana Franco

11

Reflexión:

*Conflictos
en la vida comunitaria*
Mathew Vattamattam



20

Hablando en dialecto:

*Comprender
lo incomprensible*
Dolores Aleixandre

21

Retiro:

*Vida consagrada... una
vida fundada en la roca*
Manuel Ogalla



29

Algo está brotando:

En el corazón de la noche
Miguel Márquez

30

Entrevista a:

Juan Morales
Gonzalo Fernández Sanz

36

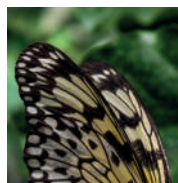
Desde el claustro:

Bautismo del Señor y VC
Carolina Blázquez

37

**Releyendo Vita
consecrata:**

La belleza prometida
J. C. Rey García Paredes



40

**Institutos de vida
consagrada:**

Amigonianos
Henry Betancurth

43

Actualidad:

Más allá de la moda
Juan de Dios Carretero

46

Desde África:

Una esperanza que libera
Gregory Ezeokeke

47

Rincón cultural:

Tatuajes
Libro: *La era digital*
Pedro M. Sarmiento

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Adrián de Prado Postigo.

Consejo de redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Ignacio Virgillito, Carolina Sánchez, Pedro M. Sarmiento, Felicia Fernández, María Inmaculada Eibe.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, Ruth Guerrero, Araceli López-Pastor, Adrián de Prado.

Foto de portada: Redacción. **Imprime:** Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid
www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05
email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238
email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 75 euros (IVA incluido).
Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 105\$ USD.
Otras naciones: 70 euros ó 75\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

UNA BRÚJULA PARA LA MISIÓN



Orar con la Palabra

Cristóbal Fones

JESUITA (ROMA, ITALIA)

En enero, el Papa nos invita a pedir que «*la oración con la Palabra de Dios sea alimento en nuestras vidas y fuente de esperanza en nuestras comunidades, ayudándonos a construir una Iglesia más fraterna y misionera*». ¿Qué le dice esto a nuestra vida consagrada?

La mayoría de nosotros reza con ella a diario. En muchas casas, resuenan al menos los laudes y las vísperas. No les damos siempre el peso que merecen, pero sabemos que la oración es al final un encuentro gratuito con el Señor y que la Liturgia de las Horas es un modo concreto de estar juntos y sostener la vida de la Iglesia.

Celebramos también la Eucaristía diaria, donde el Pan de la Palabra se ofrece pródigamente, y muchos reservamos además un espacio para la oración personal con ella. En comparación con la mayoría de los fieles, somos unos verdaderos «glotones» de la Palabra.

Sin embargo, esto tiene sus peligros. A veces estamos un poco sobrealimentados. Y no por la cantidad, sino por la rapidez con que la digerimos. Se transforma un poco en *fast food* espiritual; una especie de trámite, sin contemplación ni silencio...


Domesticamos la Palabra: nos anticipamos, memorizamos los textos,

repetimos sin digerir, concentrados más en ver cómo usar el pasaje para alguna charla, justificar alguna decisión o planificar el próximo encuentro pastoral. Lo digo sin moralizar.

Creemos que Dios nos habla en la Escritura. Y no hay nada malo en estar atentos a cómo ponerla al servicio de la misión que se nos encomienda. La pregunta que me surge no tiene tanto que ver con la disciplina misma de la oración o la virtud personal de la actitud contemplativa. A veces la oración es luminosa; otras veces es más plana... No pasa nada. Lo sabemos bien.

El foco este mes no es si rezo bien o mal, la invitación no es a medir mi virtud contemplativa, sino a preguntarnos cómo la Palabra nos nutre para ser mejor comunidad.

Comencemos el año conscientes de nuestra hambre y sed espiritual, enfocándonos en alimentarnos con ella; no en acumular más de lo que podemos digerir. Pedimos escuchar más a Dios para vivir mejor.

Que no pase un día sin su Palabra, prestando atención a ella, dejando que nos movilice hacia la comunión y la fraternidad. 



Pastor



Jorge



Juani

La vida consagrada en medio de la tiniebla

En las entrañas de la guerra, donde el dolor parece tener la última palabra, Dios no permanece en silencio. Allí, entre las ruinas, la metralla y el miedo, Cristo se hace presente a través de corazones consagrados que han elegido quedarse, amar y entregar hasta la última gota de su sangre. Su vida, frágil y valiente, se convierte en carne viva de esperanza para quienes resisten cada día.

Carlos González García
PERIODISTA Y ESCRITOR

La guerra conserva un sonido propio: el de la tierra que tiembla, el del miedo que no duerme, el del corazón humano llevado hasta el límite. En medio de ese estruendo, hay presencias que empuñan el arma del amor para sostener un poco la vida. Allí, donde todo parece perdido, Dios continúa pronunciado su Palabra desde la piel sufriente de quienes han decidido hacer, de su vocación, una epifanía silenciosa y profundamente fiel.

«Mi amor se da hasta dar la vida»

«Estuve secuestrado en la selva, quemaron tres pueblos donde estaba y he vivido experiencias muy fuertes para mí. Aquí es imposible no ver el rostro de Cristo; hay muchísimas, muchísimas más víctimas que verdugos, y el Señor nos habla y nos pide verlo en cada uno de ellos». El padre **Pastor González** llegó a la República Democrática del Congo hace diecisiete años no para explicar un dolor incon-

cebible, sino para habitarlo. La Providencia tomó sus ojos compasivos para colmar de paz cada grieta que roza sus manos, cada herida que arrenda su alma, cada soledad que llama a su puerta: «Si aun en medio de esta guerra, viéramos al otro como Dios lo ve, dejaríamos de juzgar, quitaríamos tantos estereotipos, perdonaríamos sin condición y viviríamos el amor, la alegría y la sencillez».

Desde la localidad de Kitutu, el territorio de Mwenga (provincia de Sud Kivu) que anida a diario, el misionero javeriano de 47 años nacido en México se dedica al cuidado pastoral de su pueblo, plenamente convencido de que la mirada de Dios solo puede escribirse entre acordes de «misericordia sin medida». Por ello, reconoce que su amor «se da hasta dar la vida», porque desde que comenzó a fiarse de Él su alma se ha convertido en una fuente silenciosa de esperanza. Su alegría y su paz hablan por él, y no son fruto de una ingenuidad mal entendida, sino de una presencia serena que desarma y sostiene: «Me cuesta mucho trabajo hablar de un Dios frágil, porque esa fragilidad es nuestra fuerza, es otra lógica; y sí, lo que el mundo puede decir que es débil, como es ver a un Cristo en la Cruz, a un Dios discreto en la Eucaristía o a un Dios que se hace presente incluso en el sufrimiento, para el mundo sí es una fragilidad, pero cuanto más vivimos esta realidad, más comprendemos que es la verdadera fuerza, el motor de cambio y el camino que verdaderamente puede salvar este mundo».

«Jesús sigue crucificado en los hermanos asesinados o violentados»

Este sacerdote de palabra amable y sonrisa entrañable no trae respuestas fáciles ni discursos grandilocuentes. Conserva algo difícil de explicar:

una alegría serena que se convierte en un testimonio vivo de que Dios no abandona la tierra que más ama... «Este pueblo no deja de sufrir y, sin embargo, el Señor sufre, llora, cura, se refugia y camina con nosotros; su mirada está colmada de compasión y de desafío, porque nos invita a transformar esta realidad y nos envía —a mí como misionero y a todos como pueblo de Dios— a anunciar el Evangelio y a cambiarla sin miedo». Y tras un breve instante de quietud, pongo en sus manos la duda que me aflige: «¿Y cómo te mira Dios cuando nadie más te ve?». Y el religioso no duda, consciente de que el Padre le contempla con un corazón que le sostiene, suave y firme, en medio del dolor del mundo... «Los ojos con los que me mira Dios están tristes por el dolor, pero también están llenos de esperanza. Porque este pueblo, viviendo tanta violencia, maldad y sufrimiento, sigue cantando, bailando, riendo y confiando; y es por Dios, pues sólo Él consigue que el corazón humano aquí pueda seguir adelante».

En esa morada africana poblada por tanto sufrimiento, la Pasión de Cristo no es memoria litúrgica, sino un acontecimiento vivo que se renueva cada día. «Jesús sigue crucificado aquí en tantos hermanos que son asesinados, desaparecidos o violentados», revela el javeriano. Tras 27 años como religioso y 18 como sacerdote, Pastor descubre que el Evangelio no se recuerda, se comparte; no se contempla desde lejos, se habita en la entrega cotidiana: «Ser testigo en lugares de dificultad o de guerra no es fácil, la situación que estoy viviendo de sufrimiento aumenta cada día, pero lo acepto con alegría porque forma parte de mi misión».

Escuchar al consagrado supone experimentar que Cristo sigue latiendo

en cada gesto de amor ofrecido hasta el extremo. Me habla de soldados, de grupos rebeldes, de pánico constante, de violaciones, de muertes que acontecen casi a diario... Pero su sonrisa no se apaga; es como la sombra de un Dios que habita en el dolor, una presencia silente que derrama ternura en medio del horror, recordando que incluso en la herida más profunda, la Luz sigue palpitando donde queda una esperanza por abrazar... «Sin duda alguna —desvela—, vale la pena arriesgar la vida por amor si se puede salvar solamente una vida».

«La guerra duele, mata y sana»

San Daniel Comboni, el fundador de los padres combonianos, decía que el misionero necesita tres cosas: rodillas de camello para rezar, lomo de burro para trabajar y estómago de puerco para adaptarse a todo. «Comboni insistía en que el misionero tenía que hacer causa común con los más pobres y abandonados, y esta expresión —que podría ser asumida por muchas congregaciones— corre el riesgo de convertirse en un eslogan vacío; sin embargo, cuando estás en medio de la guerra con la gente sufriendo, cobra un significado pleno». Detrás de estas palabras se encuentra **Jorge Naranjo**, misionero comboniano en Sudán.

«El pueblo sudanés es un pueblo abandonado, porque la guerra no interesa mucho a las potencias occidentales, por diversos motivos», des-tapa, aun sabiendo que decirlo puede ponerle en peligro, pues hay silencios que matan más que las palabras, y él se niega a callar: porque cuando el Evangelio va por delante, incluso el miedo aprende a retroceder. «Estar con ellos en este momento expresa con mayor riqueza el misterio de la Encarnación. Dios se hace uno como

nosotros, está con nosotros, se mezcla, se involucra en nuestra vida. Y Él, que era de condición divina, bajó al barro. Y para nosotros esta guerra es como este barro en el que se encarna el Hijo del Hombre», confiesa.

Este madrileño llegó al país africano hace los mismos años que el padre Pastor. Ambos experimentan en su propia piel la necesidad urgente de la misericordia, mientras acompañan a quienes viven cada día al borde de la desesperación en medio del conflicto. «La guerra duele, mata y sana», confiesa Naranjo, «duele porque es terrible ver el sufrimiento de las personas que tenían una vida normal e intentaban construirse un futuro, y todo eso salta por los aires». Además de la destrucción que conlleva, insiste, «duele porque mata físicamente sueños y proyectos y, al tiempo, sana porque ayuda; a mí me ha ayudado a enfocarme en lo esencial de la vida, como es agradecer a Dios cada momento de paz, la vida de cada estudiante que conseguimos educar en Port Sudan, el deseo inmenso de los estudiantes que llegan hasta nosotros para continuar su vida académica, la posibilidad de estar con un pueblo que sufre cuando más lo necesita... Todo eso me ha ayudado a descenderme y a ir a lo esencial, a ser más consciente de la presencia de Dios. Y, en ese sentido, la guerra sana».

«Nunca en mi vida había llorado tanto»

Allí donde la vida se vuelve frágil o dependiente, la santa faz de Jesús de Nazaret emerge sin ruido, reflejada en quienes cargan cada día con la enfermedad, la discapacidad o el límite. «El rostro de Cristo aparece en las personas con enfermedades terminales y crónicas a las que servimos a través de nuestro departamento de Enfermería de la universi-

dad y de los voluntarios en cuidados paliativos; cristianos y musulmanes movidos por la misericordia hacia aquel que sufre y que sirven lavando sus pies y cuidando a las personas abandonadas. Otro grupo de personas donde el rostro de Cristo parece más evidente o brillante es en las personas con discapacidad: el brillo de sus ojos es un signo de la presencia de Cristo Resucitado».

En esos cuerpos quebrados por la enfermedad, el rostro del Señor se hace visible como lugar sagrado de su presencia... «A lo largo de estos años de servicio, desde que comenzó la guerra, yo he llorado muchas veces —nunca en mi vida había llorado tanto— al contemplar los esfuerzos que tienen que hacer estos estudiantes o la vida de tantas personas que ha sido destruida por la guerra», relata el sacerdote misionero de 51 años. Estas situaciones, «cuando las dejo atravesar mi corazón, me quiebran; y, al mismo tiempo que se sienten un dolor profundo, es una llamada a la acción, a la búsqueda de recorridos que generan esperanza». Esa transformación, «es la acción de Dios que trabaja en nosotros y en muchas personas para traer luz en medio de una oscuridad tan intensa».

La entrega a los más pobres no ha sido un episodio concreto de su vida ni una donación para salvaguardar su conciencia, sino que es el lugar donde Dios escribe, día tras día, su llamada: «Esta consagración, en medio de la guerra, se hace más evidente para mí. También ayuda ver la respuesta de la gente, que agradece mucho el hecho de que, a pesar de todo, estamos aquí con ellos y no nos hayamos ido de su lado». Al final, «sé que servir a este pueblo sudanés es servir al propio Cristo que sufre en todas estas personas», reconoce el comboniano,

convencido de que hay historias —como la suya— tejidas de una fidelidad constante, semblanzas entrelazadas por un hilo invisible que dona la vida allí donde la pobreza clama y Dios, tantas veces silente, espera.

«El amor verdadero no huye del sufrimiento»

Pero la guerra no habita sólo en los frentes armados: existe también donde el sufrimiento estalla por dentro, como una bomba silenciosa que atraviesa el corazón y deja la dignidad hecha añicos. «Cuando regreso de esos lugares donde las mujeres son explotadas en contextos de prostitución, el corazón se queda sobrecogido, encogido, impotente, llora, sufre... pero, al mismo tiempo, se pone en búsqueda: ¿cómo acompañar ese dolor y abrir caminos de salida? ¿Cómo amar las heridas y ayudar a sanar? ¿Cómo salir de esas situaciones en las que se encuentran atrapadas? Y ahí, en medio de tanta fragilidad, descubro que el amor verdadero no huye del sufrimiento: lo abraza, lo transforma y lo convierte en vida, porque Él está conmigo y con ellas, y me da la fuerza». Lo cuenta **Juaní López**, religiosa adoratriz profundamente enamorada de un Cristo que se hace carne en tantos rostros y cuerpos de mujeres vulnerables, heridas y esperanzadas: «Ser testigo de Dios en medio de estos lugares donde nos movemos, significa para mí dejar que Él me lleve donde la vida clama donde más duele».

La labor que esta alma inquieta nacida en Puente de Genave (Jaén) desarrolla en un rincón venerable de Almería no ocupa titulares ni mapas, pero hace un ruido hondo, imposible de callar. «La mirada compasiva de Dios se oculta en los ojos cansados, sin vida, de estas chicas; su voz está

en sus silencios rotos; su carne se hace presente en cada herida y en cada lágrima», revela, mientras denuncia esos espacios de infierno en la Tierra, marcados por la prostitución y la trata. «Acercarse a estas mujeres con las que contactamos, trabajamos e, incluso, vivimos en casa, es entrar en un espacio sagrado, donde primero hay que descalzarse porque pisas un terreno vulnerado, frágil, lleno de sufrimiento y dolor. Es allí donde puedes tocar y abrazar a Dios hecho carne en ellas, en una relación recíproca: de ellas a Él y de Él a ellas... Es transmitirles que no están solas, que Dios habita en medio de sus vidas».

40 años de consagración entregados donde casi nadie quiere quedarse, donde ha aprendido a mirar de otro modo, porque en cada cuerpo vendido reconoce el rostro del Señor que sigue siendo despreciado, golpeado y, sobre todo, infinitamente amado: «Salimos a su encuentro en los caminos de la vida, consolando, llevando esperanza, donde la ternura se convierte en misión y la fe en puente hacia la dignidad; allí el rostro de Cristo se revela en cada persona y el abrazo se transforma en consuelo, fuerza y redención».

«Mi fuerza y mi compromiso brotan de la Eucaristía»


Para las adoratrices, la Eucaristía es el origen y la meta de todo. Ante el Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Cristo, esta religiosa aprende cada día a amar como Él ama: «Somos de espiritualidad eucarística, donde encuentro el sentido más profundo de mi donación y entrega». Todo lo demás aflora de ese Pan partido que continúa sosteniendo la vida del mundo... «De ahí brotan mi fuerza y mi compromiso de acompañar a la mujer que sufre ex-

plotación por la prostitución u otras formas de violencia que atentan contra su dignidad y sus derechos».

Cada encuentro con ellas, en los lugares donde están, se mueven, viven y sufren, es un desafío y una gracia, un signo de que la vida puede recobrar sentido en medio de su angustia. Porque los ojos del Padre traspasan la noche más fría y la transforman en un recinto de salvación: «Los ojos de Dios atraviesan la oscuridad y se llenan de luz en cada mirada herida que encuentro reflejada en cada mujer vulnerada, sometida, explotada. Es una mirada llena de ternura, de caricia infinita, como hijas amadas, las preferidas del Padre». En medio de la tormenta que viven entre lágrimas y silencios, «Dios escribe historias nuevas y me invita sencillamente a ser su voz, sus manos y su mirada misericordiosa», confiesa Juani desde ese umbral de dolor habitado, donde Dios vuelve a comenzar su historia con la piel llagada y renacida de sus hijas predilectas.

Sacramento de la presencia fiel de Dios

Pastor, Jorge y Juani: tres nombres, tres heridas, una misma fidelidad. Tres religiosos que han elegido permanecer, compartiendo misión, vocación y promesa: allí donde la guerra desfigura al ser humano, la vida consagrada permanece como sacramento de la presencia fiel de Dios, cuidando al más débil cuando todo parece perdido.

En ellos, la fe no se predica; se entrega, se gasta, se derrama. Sus vidas son un canto de kénosis, cruz y pascua. Y así, en la madrugada más oscura, el Evangelio vuelve a hacerse rostro en el Crucificado y Resucitado, por ternura, por pasión. Y todo queda dicho, cuando el amor decide quedarse para siempre. 



Nacer de nuevo

Gloria Liliana Franco

ORDEN DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA (BOGOTÁ, COLOMBIA)


Estrenar un nuevo año nos pone ante la posibilidad de nacer de nuevo. Las listas de propósitos, los proyectos que ven su génesis en el ocaso de un año que termina, los actos de fe que surgen en bocanadas de esperanza... ¡Y está bien que sea así! Siempre es posible más para quien cree, para aquellos que, sin negar la dosis de fragilidad e incertidumbre que supone existir, se dejan conducir más allá, hasta la orilla de las posibilidades que surgen no de la ingenuidad o de la falta de realismo, sino de la confianza en Dios y del poder indestructible de lo comunitario.

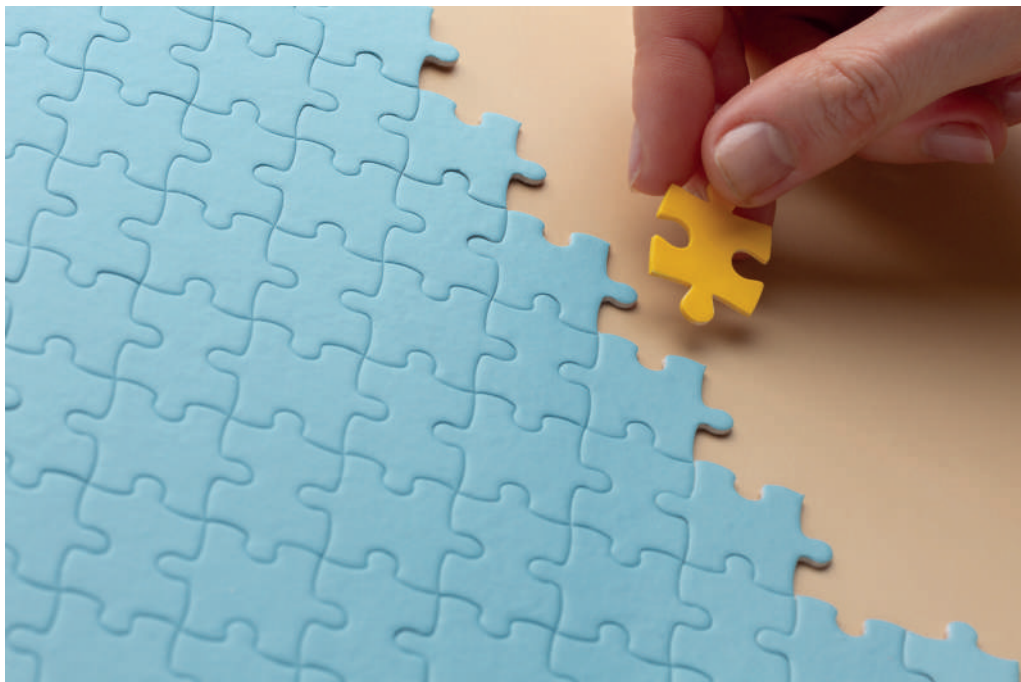
Nacer de nuevo es siempre una posibilidad, así lo creen los religiosos y religiosas que peregrinan en América Latina y el Caribe, quienes después de un proceso largo de discernimiento decidieron que el horizonte inspirador de los próximos tres años será *Nacer de nuevo*. ¿Desde qué experiencia vital afirma hoy la vida religiosa que es posible nacer de nuevo?

Desde la experiencia de la disminución numérica: somos menos, es vertiginoso el ritmo de la disminución, abrazamos nuestra pequeñez, nos ubicamos en lógica de minoridad y ante ese hecho, con los ojos fijados en Jesús, estamos convidados a recrearnos de manera nueva, relativizando los números y reorganizando formas y estructuras en favor de la misión.

También un cierto temor al futuro blinda nuestro presente de seguridades. La osadía que caracterizó el origen de nuestro nacimiento hace parte de la crónica de honor que, de generación en generación, nos transmitimos, pero que en nada o poco inspira y moviliza nuestra toma de decisiones en el presente. Estamos ante el desafío de renovar las instituciones, los estilos, las costumbres que aprisionan la vida y el carisma; que nos impiden escuchar con nitidez el clamor de los pobres, el grito de la tierra, la voz de Dios en lo más complejo de la historia.

No podemos negar la realidad: insertos en ella, aspiramos a la vida nueva. Y lo hacemos animados por tantas y tantos que con su testimonio cotidiano nos evidencian que la vida religiosa es mística, misión y profecía y que esos tres relatos fundamentales de nuestra vocación se reescriben a diario en la expresión de una vida religiosa que no claudica en la ofrenda.

Este 2026, nacer de nuevo nos conducirá por itinerarios pascuales, nos llevará a aferrarnos a la vida como la única opción que creemos posible, justo en tiempos de minoridad. Lo nuestro es el estallido de la Resurrección y no por una sobredosis de optimismo, sino porque nos habita la fuerza de la vida, la certeza de la Pascua. 



Conflictos en las comunidades religiosas

Guía para comprender, acompañar y transformar las tensiones en la vida comunitaria

Muchas personas consagradas están satisfechas con su misión pastoral, pero descontentas con la vida comunitaria. A menudo, los conflictos abiertos o soterrados minan la autenticidad de la vida en común. No se trata de ignorarlos o esquivarlos, sino de aprender a transformarlos, de manera que puedan ser oportunidad para el crecimiento personal y comunitario. Mathew Vattamatam —teólogo, psicólogo, con una larga experiencia en el campo de la formación y del gobierno— nos ofrece algunas pistas.

Mathew Vattamattam, CMF

Conflictos en las comunidades religiosas

Los conflictos no son una excepción en las comunidades religiosas; forman parte de la vida humana cotidiana. Entramos en la vida religiosa con un profundo deseo de comunión, santidad y misión, pero también traemos nuestras historias personales, heridas, temperamentos, expectativas y patrones culturales. Por esta razón, los conflictos en la vida religiosa suelen ser doblemente dolorosos: fracturan nuestras relaciones con nuestras hermanas o hermanos y pueden sentirse como una herida en nuestra relación con Dios, la comunidad y el carisma fundacional.



Los conflictos dentro de la comunidad duelen más que los desacuerdos en otros lugares

Un joven misionero compartió una vez durante una reunión comunitaria: «Me uní a la vida religiosa para servir a los pobres, no para lidiar con tensiones en casa». Sus palabras se hacen eco de lo que muchos sienten, pero rara vez expresan. Los conflictos dentro de la comunidad duelen más profundamente que los desacuerdos en otros lugares porque tocan el lugar mismo donde esperábamos encontrar pertenencia, seguridad y un propósito compartido.

Los documentos de la Iglesia sobre la vida fraterna señalan constantemente que los rápidos cambios culturales, el creciente individualismo y las expectativas cambiantes

en cuanto a la autonomía y la autorrealización han hecho que la vida comunitaria sea más compleja. Al mismo tiempo, la vida religiosa sigue siendo un signo de esperanza, especialmente cuando las comunidades aprenden a atravesar los conflictos de manera evangélica, humana y transformadora.

En este contexto, la sinodalidad surge como un horizonte clave para comprender y sanar los conflictos. La sinodalidad no es una nueva técnica añadida a la vida comunitaria; es una forma de ser Iglesia arraigada en la propia manera de Jesús de caminar con los demás, escuchar profundamente y discernir juntos. En tiempos marcados por la polarización, el silencio o las tensiones no resueltas, la sinodalidad ofrece un camino concreto hacia la sanación, en lugar de un ideal abstracto.

Este artículo explora los patrones típicos de conflicto en las comunidades religiosas y propone caminos de sanación que integran las dimensiones espiritual, humana, psicológica y comunitaria.

Patrones típicos de conflicto en las comunidades religiosas

Los conflictos en la vida religiosa rara vez son puramente personales. Surgen de la interacción entre heridas interpersonales, supuestos culturales, brechas estructurales, luchas espirituales y dinámicas institucionales. Comprender estos patrones ayuda a las comunidades a superar la culpa y avanzar hacia un discernimiento más profundo.

Tensiones interpersonales y heridas sin sanar

Muchas tensiones tienen su origen en diferencias de personalidad, patrones familiares no resueltos, trau-

mas no abordados o necesidades emocionales no satisfechas. Cuando estos no se reconocen, a menudo afloran en forma de críticas crónicas, sarcasmo, resistencia pasiva a las decisiones, formación de camarillas o alianzas, o la búsqueda de chivos expiatorios entre uno o dos miembros.

Sin espacios para el diálogo sincero, la escucha y el acompañamiento, estos patrones se endurecen y pasan a formar parte de la historia tácita de la comunidad.

Ejemplo: el hermano silencioso. Un compañero criado en una familia autoritaria evita las confrontaciones. Cuando surge un conflicto, se retira de las reuniones. Los demás interpretan su silencio como orgullo o indiferencia. El resentimiento crece, aunque el problema más profundo es una herida sin curar.

Ejemplo: la hermana perfeccionista. Una hermana con estándares muy altos corrige constantemente a los miembros más jóvenes. Estas se sienten juzgadas y humilladas. Un pequeño malentendido sobre las responsabilidades domésticas se convierte en una profunda frialdad y evasión.

Los estudios sobre el trauma confirman que el dolor no procesado determina la forma en que las personas interpretan las situaciones y reaccionan bajo presión. Las heridas del pasado, incluidas las de la formación o las vividas en comunidades anteriores, pueden resurgir fácilmente en las relaciones actuales.

Conflictos estructurales y relacionados con el gobierno

Muchos conflictos no surgen de las personalidades, sino de estruc-





turas poco claras, inconsistentes o ignoradas. Las fuentes típicas incluyen la confusión entre las funciones de superior, consejo y responsables de área; la falta de procedimientos transparentes para las decisiones o la economía; reuniones comunitarias deficientes o irregulares; y discrepancias entre los estatutos escritos y la práctica vivida.

Ejemplo: confusión de funciones. Un superior toma las decisiones por su cuenta. Los miembros del consejo se sienten ignorados. Lo que parece una «rebelión» es, en realidad, frustración causada por la falta de consulta.

”

Quando las estructuras son débiles, los grupos de presión envenenan las relaciones

Ejemplo: opacidad económica. Un ecónomo trabaja de buena fe, pero sin procedimientos claros. Se extienden los rumores de malversación y la confianza se derrumba, incluso después de la aclaración, porque las estructuras no garantizaban la transparencia.

Cuando las estructuras son débiles, el poder informal, los grupos de presión y la resistencia llenan el vacío, envenenando gradualmente las relaciones.

Tensiones culturales y generacionales

Las comunidades interculturales e intergeneracionales son una gran bendición, pero también son propensas a los malentendidos. Las culturas difieren en su forma de interpretar la autoridad, la comunicación, el tiempo, la expresión emocional y los conflictos.

Ejemplo: comunicación directa frente a comunicación indirecta. Un hermano europeo le dice a un hermano asiático: «Tu homilía necesita más preparación». La intención es constructiva, pero el efecto es humillante. Cuando el hermano asiático responde: «Ya veremos», el mayor lo interpreta como un acuerdo, cuando en realidad significa «probablemente no».

Ejemplo: ritmo de vida. Los miembros mayores se quejan de que los más jóvenes «siempre están con el móvil». Los miembros más jóvenes se sienten incomprendidos y juzgados, y perciben que los mayores no comprenden las formas contemporáneas de trabajo y comunicación.

Sin una formación intercultural explícita, estos malentendidos se interpretan a menudo desde el punto de vista moral, en lugar de cultural. Las diferencias generacionales —antes y después del Concilio Vaticano II, nati-

vos digitales e inmigrantes— añaden más complejidad.

Polarizaciones ideológicas y teológicas

Las comunidades no viven aisladas de la sociedad o de la Iglesia en general. Las polarizaciones políticas, eclesiales e ideológicas a menudo se introducen en la vida comunitaria: enfoques tradicionalistas frente a reformistas, prioridades pastorales divergentes o rivalidades culturales y étnicas.

Ejemplo: prioridades de la misión parroquial. Un miembro hace hincapié en la evangelización de los jóvenes, otro en la vida devocional, otro en la justicia social o en los migrantes. Ninguna de estas prioridades es errónea, pero la ausencia de un discernimiento compartido convierte la diversidad en rivalidad.

Ejemplo: tensiones políticas, tribales y de afiliación. Las divisiones de la sociedad pueden extenderse a

la vida comunitaria, formando bandos emocionales y presionando a los miembros para que tomen partido. En una comunidad, los miembros se dividieron simplemente por su fuerte apego a clubes de fútbol rivales, lo que revela cómo las lealtades grupales no examinadas pueden endurecerse y convertirse en fuentes de tensión.

Poder, voz y vulnerabilidad desigual

Los conflictos a menudo no surgen de malas intenciones, sino del acceso desigual a la voz y la influencia. Incluso sin intención, las comunidades pueden desarrollar jerarquías tácitas: los mayores sobre los jóvenes, los miembros fundadores sobre los recién llegados, los extrovertidos sobre los introvertidos, ciertos grupos étnicos sobre otros, los ordenados sobre los no ordenados o los miembros experimentados sobre los recién profesos.



El poder en la vida comunitaria no se limita a la autoridad formal. Adopta muchas formas: poder canónico, influencia emocional o carismática, prestigio espiritual, redes relacionales y presencia histórica. Los conflictos se vuelven particularmente tóxicos cuando estas formas de poder se utilizan, consciente o inconscientemente, para silenciar, intimidar, manipular o espiritualizar las cuestiones. Lo que se presenta como obediencia o paz puede en ocasiones enmascarar el miedo a perder el control o los privilegios.

Conflictos en torno al abuso, la protección y las faltas graves

Algunos conflictos tienen un profundo peso emocional, moral e institucional: abuso sexual, espiritual o psicológico; conducta financiera indebida; violaciones de límites; y abuso de poder.

Ejemplo: confusión de límites. Un sacerdote se vuelve demasiado familiar con los jóvenes, lo que provoca un escándalo. La comunidad se divide entre quienes lo defienden y quienes acusan a los líderes de negligencia.



Una espiritualidad sana abre un horizonte de misericordia, esperanza y conversión

Ejemplo: abuso emocional. Una hermana mayor humilla a los miembros más jóvenes y lo llama «formación». El problema más profundo es un patrón relacional poco saludable disfrazado de autoridad espiritual.

Estas situaciones suelen involucrar a las autoridades civiles, las víctimas, los líderes y la Iglesia en general, lo que las hace especialmente dolorosas y complejas.

Cómo el conflicto hiere a las personas y a las comunidades

El conflicto afecta a múltiples niveles simultáneamente.

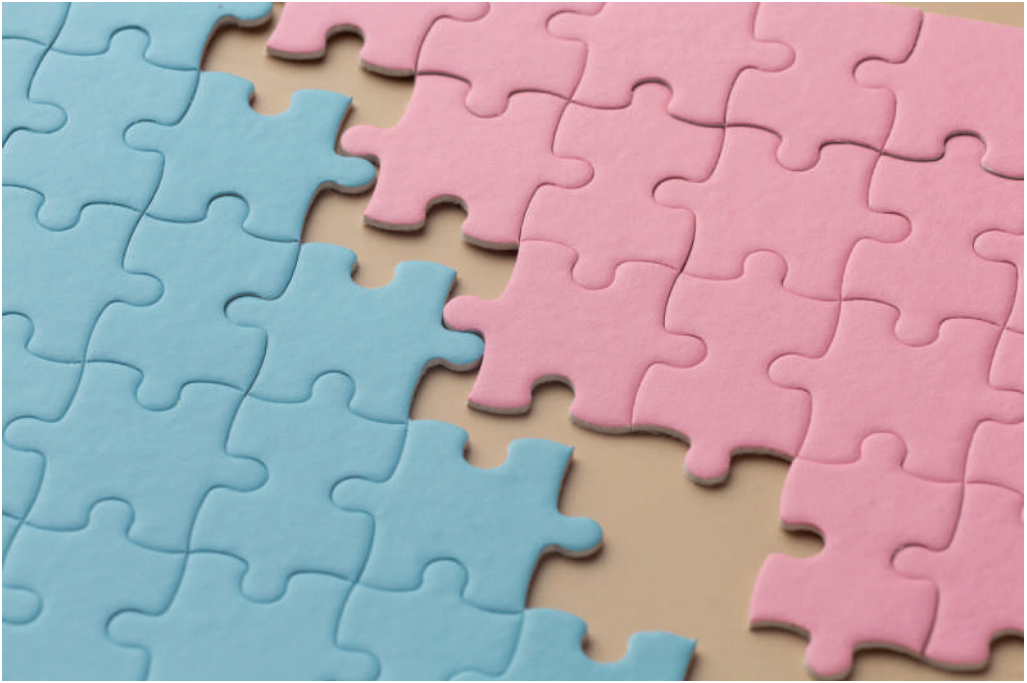
A nivel personal, puede provocar ansiedad, depresión, agotamiento, pérdida de confianza, dudas vocacionales, entumecimiento espiritual o desolación.

Ejemplo: Un hermano que es constantemente criticado comienza a dudar de su vocación y se siente alejado de Dios. Su ministerio se resiente.

A nivel comunitario, el conflicto erosiona la oración y la fraternidad, crea sospechas y evasiones, paraliza la toma de decisiones y debilita la misión.

Ejemplo: una comunidad deja de rezar junta debido a divisiones sin resolver. Los feligreses notan la tensión y la credibilidad de la misión se ve afectada.

A nivel institucional, el conflicto crónico daña el testimonio, reduce



las vocaciones y se convierte en parte de la narrativa pública de la comunidad.

La fe puede acompañar la sanación o profundizar la herida cuando se utiliza mal. La espiritualidad distorsionada puede reforzar la vergüenza o la resignación, mientras que una espiritualidad sana abre un horizonte de misericordia, esperanza y conversión.

Colaboración intercongregacional y dinámica de género

En una Iglesia sinodal, los religiosos y las religiosas colaboran más que nunca en parroquias, escuelas, casas de formación y territorios misioneros. Esta misión compartida es un don profundo, pero introduce complejidades emocionales, culturales y espirituales que requieren ser nombradas con honestidad.

A menudo afloran reacciones emocionales inconscientes. Lo que

se tolera dentro de la propia congregación puede parecer amenazador cuando proviene de otra. El silencio puede interpretarse como rechazo, el discurso directo como dominación o las decisiones prácticas como juegos de poder.

Los religiosos y las religiosas suelen abordar la misión y la comunicación de manera diferente. Los hombres pueden tender a orientarse hacia la estructura y las tareas, mientras que las mujeres suelen enfatizar las relaciones y los procesos. Sin conciencia de ello, estas diferencias se convierten en caricaturas en lugar de dones complementarios.

Las asimetrías eclesiales y culturales también influyen. Las congregaciones masculinas suelen tener una mayor autoridad estructural, mientras que las mujeres pueden experimentar invisibilidad o una voz limitada. A menos que se aborden conscientemente, estas dinámicas

generan resentimiento o expectativas clericales.

La colaboración auténtica requiere prácticas intencionales: nombrar las diferencias sin culpar, establecer protocolos claros, participar en la formación intercultural e intergénero, compartir la oración y la conversación espiritual, y prestar atención sincera a las dinámicas de poder. La colaboración se convierte entonces en un camino de conversión, revelando la riqueza de los carismas complementarios y ofreciendo un testimonio profético de comunión.



La sanación comienza con la verdad: reconocer que existe el conflicto

Caminos de sanación: del conflicto a la conversión

Sanar un conflicto no es simplemente resolver un problema; es una conversión continua de personas, relaciones y estructuras. Cuando se enfrenta a la luz de Cristo, el conflicto se convierte en una oportunidad para el crecimiento y la santidad.

Nombrar la realidad y leer el conflicto desde la fe

La sanación comienza con la verdad: reconocer que existe el conflicto sin negarlo ni espiritualizarlo; reconocer su impacto en las personas, la oración y la misión; y comprender las dinámicas relacionales en juego, incluyendo cómo cada miembro contribuye a través de la acción, el silencio o las alianzas.

Escuchar como primer acto de amor

En situaciones de conflicto, la ausencia de escucha suele ser más perjudicial que el conflicto en sí. La escucha sinodal es intencional, humilde, reverente y paciente. Cuando los miembros se sienten genuinamente escuchados, se restaura la dignidad y disminuye la actitud defensiva. Escuchar se convierte en un acto de amor y una puerta hacia la reconciliación.

Caminos espirituales y comunitarios

La oración, la Eucaristía, la reconciliación, la dirección espiritual y los retiros centrados en la misericordia crean la libertad interior necesaria para la conversión. Los procesos comunitarios, como el diálogo facilitado, la conversación en el Espíritu, el liderazgo transparente y las prácticas restaurativas, permiten a las comunidades reconstruir la confianza.

El don de la vulnerabilidad

Las comunidades saludables aceptan la vulnerabilidad humana porque rompe el miedo, fortalece la confianza, previene el resentimiento oculto y libera a los demás para que sean auténticos. Los líderes que reconocen sus límites crean un clima en el que se puede decir la verdad sin miedo.

Corresponsabilidad en la sanación

La sanación nunca es obra de una sola persona. Es responsabilidad compartida de todos. La corresponsabilidad significa dar el primer paso incluso cuando parece injusto, escuchar antes de responder, rechazar los chismes o las alianzas ocultas, elegir la verdad expresada con amor en lugar del resentimiento silencioso y asumir la responsabilidad de uno mismo.



Formación, prevención y aprendizaje

La sanación a largo plazo requiere prevención: formación en inteligencia emocional, resolución de conflictos, liderazgo sinodal, protección, límites saludables y competencia intercultural. Las comunidades prosperan cuando los líderes dan ejemplo de transparencia, responsabilidad y compromiso maduro.

Esperanza y misión: las comunidades que sanan se convierten en comunidades sanadoras

Cuando las comunidades afrontan los conflictos con valentía y oración, experimentan una transformación pascual. Crecen en humildad, compasión, claridad de misión y credibilidad de testimonio. Una comunidad reconciliada se convierte en una presencia sanadora en las parroquias, las misiones y la Iglesia en general.


El conflicto no es el fin de la vida comunitaria; puede ser el comienzo de una comunión más profunda, una

libertad más auténtica y una alegría misionera renovada.

Conclusión

El conflicto en las comunidades religiosas es una realidad humana y espiritual que invita a la verdad, la humildad y la conversión. Cuando se aborda con valentía, sabiduría y fe, se convierte en un lugar donde entra la gracia, donde las heridas salen a la superficie para sanar, las relaciones maduran y las comunidades redescubren su corazón misionero.

El misterio pascual nos recuerda que la transformación a menudo comienza donde nos sentimos más débiles.

Las comunidades que recorren este camino se convierten en signos de reconciliación en la Iglesia y en el mundo, renovando su capacidad de servir al pueblo de Dios con alegría. 



Vivir colgados

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

«El pueblo estaba pendiente de sus labios...», «estaba suspenso escuchándole». Así suele traducirse el verbo *exekremato* que aparece en Lc 19,18 al final de la escena de la expulsión de los mercaderes del templo.

Su sentido primario y físico es el de «*estar colgado, suspendido o enganchado*» y evoca imágenes de gente *colgada*: un trapecista, un alpinista, un paracaidista, un obrero en el andamio..., todos agarrados con determinación al trapecio, la cuerda, el paracaídas o el arnés porque de ellos pende y depende su supervivencia.

En ocasiones oímos también: «X está *colgadísimo* de Z...» para hablar de esa dependencia que crea el enamoramiento; a veces alguien reconoce: «me he enganchado a esta serie...» y llamamos también «engancharse» a la dependencia del alcohol o de las drogas.

Mirando a nuestro contexto de vida consagrada, creo que en casi todas las congregaciones existe la costumbre de que, cuando se muere alguno de sus miembros, desde su comunidad se escribe una necrológica hablando de él o ella y contando cosas de su vida. Y, a propósito de lo de *estar colgados*, me asalta, de un

tiempo a esta parte, el deseo violento de que, al hablar de mí cuando me muera, puedan decir: «Ha vivido *colgadísima* de Jesús».

Suena precioso, pero como está también amenazado de convertirlo en una ensoñación místicoide, viene bien detectar qué indicadores comprobables permitirían barruntar en qué consiste ese *estado de cuelgue*.

Las pistas que ofrecen las personas que tratan de vivir en esa clave es una marca de desapropiación, como si estuvieran *descolgadas* de sí mismas, es evidente que tienes que soltar el salvavidas al que te aferras si quieres agarrarte a otro enganche. Se les nota que no pretenden imponer sus ideas, costumbres o visión del mundo, ni se empeñan en corregirte, moldearte, convencerte, ni en que la comunidad funcione a su manera. Es como si, al haber perdido el miedo a lo diferente, se hubieran *soltado* de ese ego tan fastidioso que necesita validación constante.

En cuando a los signos de *cuelgue*, como Aquel de quien queremos colgarnos está Él mismo colgado en una cruz y se acerca Cuaresma, mejor lo dejamos para entonces. 🌐

RETIRO

VIDA RELIGIOSA

VR ENFERO 2026

1

*Vida consagrada...
una vida fundada en la roca*

Manuel Ogalla, CMF



La fuerza narrativa y transformadora de las parábolas

A menudo resulta casi imposible encerrar en una fría definición o en unas cuantas explicaciones al uso la desbordante grandeza de una experiencia vital, de un encuentro entrañable o de un recuerdo de la infancia. Sin duda, los momentos cruciales de nuestra vida se escapan de corceles lingüísticos. Cada evento que configura nuestra biografía, cada persona que ha acompañado nuestras búsquedas, así como cada misterio (tanto gozoso como doloroso) que jalona el devenir de nuestra historia supera en demasía cualquier ensayo conceptual aséptico y distante.

Casi con seguridad me atrevería a afirmar que una sola palabra no basta para describir la profundidad, la anchura y la altura de una vida cargada de recodos y requiebros. Qué bellamente lo retrataría en el siglo XIX el gran poeta español, Gustavo Adolfo Bécquer, calificando de mezquino el idioma de las palabras e invitando a descubrir un himno gigante y extraño¹ para hablar de la intimidad del corazón y de la inmensidad del cielo.

Este himno gigante y extraño es la poesía, el cuento, la fábula... en definitiva, el relato que nos abraza y envuelve, que acaricia con dulzura a la vez que zarandea con arrojo. El himno gigante y extraño es la narrativa que, con su capacidad mágica de hacer malabarismos con las palabras, toca y transforma la cotidianidad colmándola de sorpresa y asombro.

La narrativa ha sido capaz, desde el principio de los tiempos, de provocar la chispa incandescente que lanza a la persona a otro nivel de comprensión, a otra dimensión especulativa, a cotas insospechadas de hondura. La narrativa ayuda al ser humano a adentrarse en la aven-

tura cognitiva de descubrir paisajes nuevos o de reinterpretar los senderos acostumbrados de una manera novedosa y original. El poder de la narrativa consiste en traducir con palabras entendibles y amables quizás los enigmas arcanos del amor, el devenir sigiloso de la historia, los episodios de una infancia olvidada e, incluso, el inabarcable misterio de Dios y su proyecto, al que llamamos Reino.

Hagamos un pequeño ejercicio. Te invito a que hagas memoria, que mires atrás en el tiempo e intentes evocar algún cuento que, por algún motivo, ha sido especial para ti. Rescata del baúl de los recuerdos aquel poema que tocó tu corazón y te hizo suspirar. Trata de recordar aquella novela que te iluminó o te dejó impactado de alguna manera única.

Jesús, nuestro Señor, era totalmente consciente de esta capacidad evocadora y transformadora del relato. Como buen pedagogo, supo utilizar con destreza las herramientas narrativas de su cultura y su tradición. El Maestro de Nazaret esgrimió el género narrativo con tal sutileza y perspicacia, con tal soltura y desenvolvimiento, con tal convencimiento y entusiasmo, que sus enseñanzas cobraron rápidamente una fama inaudita (Lc 4,14-15) y sus discursos se revistieron de una autoridad inusual (Mc 1,22). Y entre los diversos géneros literarios del momento, sin la menor duda, su favorito eran las parábolas (Mc 4,2; Mt 13,2).

Las parábolas en los labios de Jesús no son un simple instrumento literario, o un elemento decorativo añadido a una exposición sapiencial previamente articulada. Las parábolas

las contadas por el Maestro de Nazaret son la profundidad misma del mensaje convertida en relato, con otras palabras, el Reino de Dios narrado y porque narrado actuante.

Las parábolas son especiales porque, entre otras muchas singularidades teológicas, tienen un notable carácter universal. La sencillez de los ejemplos usados, traídos en su mayoría de la cotidianidad ordinaria de las personas humildes, permite que el mensaje llegue a todas las personas sin distinción. Jesús no recurre a fórmulas grandilocuentes, discursos altaneros o elucubraciones filosóficas solo para los expertos y entendidos. Al contrario, hablando de una moneda perdida, o de ovejas y cabras, o de la red de los pescadores, o de la levadura y la masa... Jesús conecta con todos los estamentos sociales.

Esta simplicidad en el vocabulario y la llaneza campechana de las metáforas usadas por el Maestro gozan también de la capacidad de introducir a los oyentes en el relato que se está contando. Jesús invita a la gente a participar activamente de aquello que se está narrando. Los personajes de las parábolas son vecinos como tú y como yo, por tanto, también nosotros podemos tomar parte en la historia y ser protagonistas de los acontecimientos relatados.

Con todo, cabe destacar que en la mayoría de las parábolas hay un elemento de sorpresa que rompe con la cotidianidad de una forma inesperada. En los relatos parabólicos de Jesús siempre nos encontramos con un detalle que transporta la narración a otro nivel interpretativo más allá de los ejes cardinales de la normalidad. Una especie de chispa deslumbrante o cuña admirable que fractura lo inmanente para que la trascendencia

tome la palabra y lo permee todo de un halo diferente y especial.

Las parábolas traslucen la definitividad del proyecto de Dios en medio de la provisionalidad de los quehaceres cotidianos, desvelan el horizonte escatológico que llamamos Reino partiendo de la vida que acariciamos con nuestras manos, y apuntan a ese no sé qué que queda balbuciendo² entre la magia de las palabras sencillas hilvanadas como himno gigante y extraño.

En tu proceso de fe, ¿qué parábolas han acompañado tu camino? Intenta traer a la memoria esas parábolas que de alguna manera han iluminado tu encuentro con Dios y te han ayudado a interpretar tu crecimiento en la fe. ¿Cuál dirías que es la parábola que ha marcado tu vida?



Las parábolas de Jesús siguen iluminando el corazón y trastocando la realidad

Dando un paso más, las parábolas de Jesús no fueron significativas solo para sus coetáneos y vecinos. Todavía hoy, en pleno siglo XXI, sus palabras siguen iluminando el corazón, trastocando la realidad y ofreciendo un marco interpretativo válido para la experiencia profunda de tantos hombres y mujeres que nos hemos encontrado con el Dios del Reino. Las parábolas siguen describiendo la comunidad eclesial, conformando procesos catequéticos, impeliendo la búsqueda de la justicia y la paz, y

continúan —particularmente— alentando la vida consagrada en toda su diversidad carismática. Por ello, en este año 2026 en el que celebramos el 30 aniversario de la promulgación de la Exhortación postsinodal *Vita consecrata*, atrevámonos a contemplar, meditar y ahondar en las parábolas de la vida consagrada. Durante cinco meses intentemos dejarnos interpelar por cinco parábolas que alumbran elementos constitutivos de nuestra especial consagración, cinco parábolas que nos ayudarán a fortalecer nuestros cimientos teológicos, a reavivar nuestros rasgos identitarios, a enamorarnos más si cabe de Aquel que nos llama y nos invita a dejarlo todo por Él y por su Reino. Dejémonos seducir por la narratividad de Jesús, dejémonos interpelar por sus parábolas.

La casa construida sobre roca (Mt 7,24-27)

Rondaba el año 2003 cuando, haciendo mi noviciado en Loja, el padre Antonio Sanjuan, nuestro maestro de novicios, nos presentó un artículo que había publicado recientemente José Cristo Rey García Paredes titulado *El noviciado, ¿roca o arena?*⁵ Recuerdo perfectamente que dedicamos varias sesiones a estudiar y reflexionar sobre las sabias intuiciones de nuestro hermano claretiano. Más allá de la huella que ese artículo



Prepararnos para la muerte consiste en aprender a entregar cada día nuestra vida

dejó en los novicios que conformábamos ese curso, la parábola mateana ha acompañado mi propio proceso de crecimiento vocacional y se ha convertido indudablemente en uno de los pilares que sostienen mi ser consagrado y misionero. Por eso, no tengo ningún reparo en llamar a esta parábola un verdadero relato fundacional, sosteniendo y proveyendo suelo firme al edificio de toda mi biografía religiosa.

Todo comenzó en el desierto

Para comprender mejor la hondura y relevancia que esconden estos pocos versos es necesario que desarrollemos una mirada retrospectiva y retrocedamos mentalmente siglos atrás. Viajemos a través de los lustros hasta aquel tiempo en el que el pueblo de Israel, una vez liberado de la opresión de Egipto, es liderado por Moisés durante cuarenta años en la ardua aventura de alcanzar la tierra prometida. La raíz de esta parábola, por tanto, se encuentra en la experiencia religiosa del pueblo nómada de Israel recorriendo el desierto.

El pueblo peregrino, aun saboreando el regalo de la libertad y con himnos de alabanza y victoria en sus labios, anhelaba entusiasmado pisar los umbrales de ese lugar de ensueño donde mana leche y miel (Ex 3,17). Sin embargo, esto no va a ser, ni por asomo, una empresa fácil. Para alcanzar este objetivo, Israel tenía que bordear todo el norte del vasto desierto de la península arábiga, uno de los más áridos e inhóspitos del planeta, una acumulación inmensurable de dunas y bancos de arena. En medio de este páramo desolador, el pueblo itinerante necesariamente tenía que enfrentarse a dificultades extremas, incontables obstáculos y, sobre todo, las hostilidades naturales



que hacían de este exótico itinerario una actividad de alto riesgo.

Entre todas estas adversidades que el pueblo de Israel tuvo que enfrentar, quizás la más sobresaliente por su dureza y fatalidad eran las tormentas de arena. En esas latitudes, las fuertes ventiscas eran —y todavía lo son— asiduas. Sin embargo, había momentos en los que el viento arreciaba con tal intensidad que levantaba partículas de polvo y pequeños granos de cuarzo molido provocando así una auténtica nube de arena descomunal. Esas ráfagas de viento huracanado teñidas de marrón solían avanzar sobre el desierto con agresiva determinación y rapidez pasmosa. Una tormenta de arena, por tanto, podía fácilmente convertirse en un gran cúmulo de pequeños perdigones desatados sin dirección ni concierto.

Si el ganado o cualquier grupo humano era sorprendido por una de estas tormentas en la intemperie, el resultado esperado era terrorífico.

En algunos casos, los cuerpos podían ser golpeados hasta la extenuación causando graves daños; pero en otras ocasiones, más que la velocidad de las partículas, el peligro mayor era la densidad de la nube a causa de la acumulación de polvo en suspensión, provocando la imposibilidad de respirar dentro de esa ola de arena. O traumatismo generalizado o asfixiado o enterrado bajo la arena... El pueblo nómada de Israel sabía muy bien que, al atravesar el extenso desierto arábigo, si se enfrentaba a una tormenta de arena, el desenlace no podía ser otro que la muerte.

Para aquí la lectura por un momento y mira la foto del desierto que acompaña este cuadro. Intenta hacerte cargo de la realidad árida e inhóspita. Siente la sequedad y la dureza. ¿Cuáles han sido los desiertos de tu biografía? ¿Cómo has vivido y atravesado esos páramos existenciales y espirituales?

Sin embargo, no todo estaba perdido. En medio de la desolación, el miedo y la incertidumbre, existía una solución. Había una forma de escapar de esa amenaza. Había una opción de protección. ¡Encontrar una gran roca! La única forma de lograr auxilio en medio de una tormenta mortal era refugiarse detrás de aquellas enormes rocas que se podían encontrar aquí y allá en el desierto. Gigantes macizos pedregosos, grandes como montañas, que solían actuar como una verdadera fortaleza para las personas que se enfrentaban a una tormenta. Espacios seguros donde guarecerse. Esas rocas eran auténticos escudos para encontrar amparo y seguridad. No importaba cuan agresiva era la ventisca, cuan fuerte eran las ráfagas, o cuan densa era la

tormenta, porque esas rocas estaban firmemente fijadas al terreno, “rocosamente” arraigadas en el suelo, eran inquebrantables e inamovibles.

Yahvé nuestra roca

En la cosmovisión del pueblo de Israel, ese tipo de experiencias no queda reducida a simple anécdota apasionante del camino, episodio peligroso a olvidar o evento traumático que estanca y enajena. Encontrar en la roca un escudo seguro frente a la tormenta se convierte para el pueblo peregrino en un verdadero evento fundante, experiencia trascendental que configura el devenir futuro y la manera particular de entender la historia y la fe. Para el pueblo nómada de Israel, esas rocas van a ser claros símbolos de vida, protección, seguridad, cuidado... en resumen, salvación.



En medio de las dificultades, Yahvé es la única roca en la que podemos confiar

Al releer su historia desde un prisma vertical y un punto de vista religioso, el pueblo de Israel utilizó este peligroso episodio como fuente literaria y base narrativa para explicar su experiencia de Dios. En medio de las dificultades, los desafíos, o las luchas... En medio de tantas tormentas que desestabilizan, golpean y ahogan... Yahvé es la única roca inquebrantable e inamovible en la que podemos confiar. Cuando la vida parece volverse adversa, cuando los obstáculos parecen más insuperables, cuando las contrariedades y adversidades parecen determinar el rumbo

de la suerte (o la desdicha)... Yahvé se alza poderoso ofreciendo cobijo y abrigo a todos los que se resguardan en su sombra. Esta es la certeza que articula la experiencia fundante del autor de tantos salmos que, inspirados por la tradición del desierto, describen a Dios usando apelativos tan sugerentes y significativos como la roca fuerte, la fortaleza, el castillo donde encuentro refugio (Sal 31,2-3; 62,2; 91,2...).

Hasta la nomenclatura que nace de esa experiencia va a tener unos matices especiales y profundos. Los biblistas y expertos en Sagrada Escritura afirman que esta acción del pueblo de Israel de salvaguardar sus vidas detrás de la roca fuerte e inamovible en medio de una tormenta de arena, confiando inquebrantablemente en la fuerza de esa roca y en la protección y seguridad que le proporcionaba, se explica con el verbo hebreo «*hamîn*». Y esa roca protectora en la que confían y donde encuentran apoyo y seguridad se denomina con la palabra «*emén*». Dos términos que están a la base y en la raíz del término hebreo que designa el acto de fe como confianza⁴.

Te invito a hacer un pequeño ejercicio de contemplación. Lee tranquilamente el Salmo 18,1-6. Saborea cada palabra, cada expresión. Abraza y haz tuya cada una de las invocaciones del salmista. Dios es tu roca, tu refugio, tu fortaleza.

El milagro de la parábola. Actualizar el meollo del mensaje.

Esta experiencia, esta certeza, esta conciencia de la acción solidaria de Dios en las adversidades y contratiempos del día a día está muy presente en nuestro Señor Jesucristo. Para Él y en Él no hay duda, Dios es

la única roca donde apoyarse, Dios es el escudo inexpugnable donde la vida encuentra protección. Dios es el lugar seguro donde puede descansar, reclinarse, cobijarse... Pero también el fundamento genuino sobre el que construir su proyecto de vida, el cimiento que soporta el peso de su misión, el suelo firme desde donde levantar la casa de su ministerio. Y esto que es crucial para él, desde lo profundo de su corazón y en un ejercicio de coherencia radical, lo comparte y enseña a sus discípulos. Jesús quiere hacer partícipe de su certeza espiritual a aquellos que lo rodean. Este es el objetivo primero de la parábola que estamos contemplando.

Para ello, como buen pedagogo, creativo y capaz de conectar con su audiencia, Jesús actualiza aquella experiencia trascendental del pueblo de Israel en el desierto articulándola con circunstancias de su tiempo y categorías de su lugar. Con gran perspicacia y sutileza, el Maestro de Nazaret tiende puentes entre la herencia permanente del pasado y la realidad concreta de su presente.

En el relato mateano Jesús no está hablando de los nómadas del desierto, sino de un vecino cualquiera de la Galilea que conoce. No está hablando de tormentas de arena o ventiscas, sino de fuertes vientos e inundaciones, problemas meteorológicos propios de esa zona. No está hablando de una gran roca vertical que da cobijo a la gente, sino de una roca que sirve de apoyo y actúa como fundamento al constructor. Contexto diferente, pero misma esencia. Situación diferente, pero mismo trasfondo. Expresiones diferentes, pero mismas palabras clave... Jesús ha seducido la atención y el corazón de los oyentes aludiendo a

las categorías clave que conforman el imaginario colectivo de Israel, pero acercándolas a los tiempos actuales, a la vida cotidiana de sus coetáneos, a las tareas y responsabilidades normales del día a día.

A través de esta sencilla parábola, Jesús recuerda a los oyentes que Dios sigue siendo la roca de sus vidas, el único fundamento que sostiene sus historias, la única certeza fiable y verdadera entre tantas mentiras y tanta manipulación demagógica...

Con todo, Jesús va más allá, da un paso adelante, lleva a las personas que lo rodean aún más lejos. Ahora esa roca divina que sostiene la existencia y la historia, esa roca que es digna de fe porque es inquebrantable e inamovible, tiene un nombre propio: Jesús. Él mismo y sus palabras son la verdadera roca sobre la que es posible construir la casa de toda la vida (Mt 7,24).

Este es el nudo gordiano de todo el relato. El centro interpretativo que rompe la normalidad, sorprende y conmueve, trasluce el vértigo del misterio. Jesús subraya elocuentemente el adjetivo posesivo (o pronombre, según la traducción) «mi» o «mío».

Donde la tradición judía habla de Yahvé, Jesús coloca sus palabras. Jesús se sabe y así se descubre como la manifestación definitiva de Dios. Jesús es la plenitud de la revelación. El punto culminante de toda la historia de la salvación. La plenitud de los tiempos (Ga 4,4). Jesús es la palabra última y la acción decisiva de Dios que sostiene, protege, guía, acompaña y salva a su pueblo. Jesús es la Palabra de Dios (Jn 1,14). Jesús es el Hijo de Dios (Mt 17,5; 27,54).

¡Jesús es Dios (Jn 14,9)! ¡Jesús es la Roca!

A modo de conclusión o algunas provocaciones.

Hoy, pasado ya el primer cuarto de este siglo XXI, inmersos en la era digital, de vueltas de la posmodernidad y peregrinando en un mundo que se sigue obcecando en guerras fratricidas, esta parábola sigue conmocionando nuestras conciencias y provocando nuestro corazón de consagrados.




**En la noche más oscura
y en el desierto más solitario,
Cristo permanece firme por ti**

En primer lugar, esta parábola sacude nuestras seguridades artificiales, golpea nuestros falsos andamios, cuestiona nuestras muletas... ¿En qué apoyo mi vida? ¿Dónde busco protección? ¿Cuál es el verdadero cimiento de mi vocación? A lo largo de mi vida religiosa ¿dónde he fundamentado mi consagración?

Esta parábola nos ayuda a volver a Jesucristo, centro y raíz, dejando de lado nuestros ídolos y falsos dioses. Esta parábola nos denuncia y nos reprende cuando prostituimos nuestra vocación e identidad consagrada, cuando pretendemos escondernos en supuestos lugares seguros, construyendo pequeñas “guaridas” aquí y allá, abandonando la casa que creíamos sobre roca.

En segundo lugar, esta parábola nos recuerda que Jesús siempre está ahí, firme e inamovible, apoyándonos, permaneciendo fiel (2Tim 2,13). Pueden ser muchos los vientos, fuertes las inundaciones, demoledoras

las luchas, duros los desafíos... pero Jesucristo es la roca inquebrantable que sostiene nuestra vocación, nuestra consagración, nuestra misión... en fin, toda nuestra vida.

En medio de nuestras angustias, perdidos en nuestras inquietudes, bloqueados por nuestros miedos o heridos por prejuicios y malentendidos... Allí, en la noche más oscura y en el desierto más solitario, Cristo permanece firme por ti y por mí. Cristo permanece de pie, agarrándonos de la mano y levantándonos (Mc 1,31), susurrando suavemente o proclamando en voz alta que Él es nuestro refugio, nuestra fortaleza, nuestro escudo, nuestra roca. 

NOTAS

- 1 “Yo sé un himno gigante y extraño / que anuncia en la noche del alma una auro-
ra, / y estas páginas son de ese himno /
cadencias que el aire dilata en las som-
bras. / Yo quisiera escribirlo, del hombre
/ domando el rebelde, mezquino idioma,
/ con palabras que fuesen a un tiempo /
suspiros y risas, colores y notas. / Pero en
vano es luchar; que no hay cifra / capaz
de encerrarlo, y apenas ioh, hermosa! /
si, teniendo en mis manos las tuyas, / pu-
diera, al oído, contártelo a solas” (*Rimas
y Leyendas*. Biblioteca Virtual Miguel de
Cervantes. Rima I).
- 2 Como tan bellamente dijera san Juan de
la Cruz en la estrofa 7 de su *Cántico espi-
ritual*.
- 3 *Vida Religiosa* 91/3 (2001) 9-30.
- 4 “Creer es apoyarse en Dios, en su pala-
bra eficaz, fiarse de la palabra de Dios, de
modo que la debilidad del hombre des-
cansa sobre a solidez y fuerza salvífica de
Dios” (GONZÁLEZ MONTES, Adolfo, *Teología
Fundamental de la Revelación y de la Fe*.
BAC, Madrid 2010, 316).



En el corazón de la noche

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Este año 2026 celebramos dos centenarios sanjuanistas: el tercer centenario de su canonización (1726, papa Benedicto XIII) y el primero de su doctorado (24 de agosto de 1926, papa Pío XI).

¿Quién es Juan de la Cruz? ¿Por qué sería tan necesario conocer su historia, entrar en la sabiduría y belleza de sus escritos, leer su poesía, preguntarle por su experiencia? Es uno de los místicos más admirados y reconocidos en la historia de la espiritualidad cristiana en todo el mundo. Su poesía es considerada de tan extraordinaria belleza, que los poetas no creyentes la admiran profundamente. Juan de la Cruz resulta de una luz oportuna, como pocas, para esta época de dispersión, cansancio, superficialidad, vacío y polarización.

Su historia está jalonada de tres épocas de penuria, prisión y rechazo, (infancia pobre; prisión en Toledo; y desprecio, enfermedad y muerte en Úbeda) que gestaron y dieron a luz al Juan de la Cruz artista, creador, místico y enamorado que hoy conocemos. En el territorio de la dificultad se dejó guiar y encontró la alegría de saberse amado con amor incondicional.

A la mitad de su vida, un hecho decisivo, una gestación de nueve meses, le haría vivir una experiencia de lucha entre hermanos de la propia familia del Carmelo. Llevaba ca-

torce años de fraile y le quedaban otros catorce para morir. Sus propios hermanos lo apresaron y sufrió un duro encerramiento en Toledo (como otros geniales autores de aquella época: Cervantes, Fray Luis de León, etc.). Y sería precisamente en aquella carcelilla horrenda donde Juan vivirá la experiencia más dura de su vida y la más increíblemente fecunda, cuyo eco más visible son sus poemas, de una belleza sobrecogedora: *Noche Oscura, Cántico Espiritual, La Fonte...*

Vivió durante nueve meses un infierno, provocado por sus hermanos de religión, sin culpa y sin queja, y allá, en aquel abismo de injusticia, se rindió y atravesó el estrecho túnel del abandono y de la soledad y vivió el encuentro más hermoso de su vida con el Amado, Cristo, el Ciervo Herido, que vino a su encuentro en el corazón de su Noche y de su Nada.

Con apenas 49 años de vida, cumplió una aventura extraordinaria y única, en un siglo lleno de grandeza y miseria, de hazañas y descubrimientos, de pobreza e ingenio. Su aventura se tejió en la entraña de la dificultad y la pobreza, que hizo de él un fino observador de la realidad por dentro y un buscador de lo que importa. Juan de la Cruz vivió una vida contemplativa en camino y acertó a rendirse sin excusas a un Dios que se le regaló como Llama Viva de Amor en la Noche. ☪



Juan Morales:

«*La música es el lenguaje fundamental para comunicar el Evangelio*»

Parece increíble que aquel niño de diez años que vestía pantalón corto y cantaba canciones inspiradas en el evangelio de Juan, escritas por su padre, tenga ahora 62 años y siga manteniendo la ilusión. Aprovechando su paso por Madrid conversamos con él para conocer cómo las canciones de Brotes de Olivo, el grupo de trece hermanos al que pertenece y que tanto ha marcado la música religiosa española a lo largo de más de 50 años, han acompañado el caminar de muchas personas consagradas durante este medio siglo. El camino espiritual no solo se nutre de textos y reflexiones. Hay una banda sonora que pone música a la búsqueda de Dios y al encuentro con los seres humanos.

Gonzalo Fernández Sanz, CMF

Aunque es probable que la mayoría de los lectores de la revista Vida Religiosa conozcan de sobra al grupo Brotes de Olivo, ¿cómo lo presentarías tú, que has formado parte de él durante más de 50 años?

Como bien dices, Brotes de Olivo apareció como una sorpresa hace más de 50 años. No fue algo planeado. Surgió en el seno de una familia creyente. Mi padre Vicente y mi madre Rosa llevaban un estilo de vida cristiano, participaban en las celebraciones de la iglesia, compartían con todos los cantos populares.

De repente, Ali, la hija mayor, empieza a cantar en la iglesia con apenas cinco años. Luego nos vamos uniendo en cascada todos los demás. Poco a poco, las canciones que cantábamos en casa las vamos compartiendo con otras personas a través de conciertos. Lo hacemos junto con un equipo de matrimonios con el que mis padres compartían la fe. Así se va obrando el pequeño milagro de que los niños empiecen a cantar y de que su música suene bien. Son canciones con fuerza, con un estilo particular.

Esos niños de los años 70 van creciendo, graban discos y realizan conciertos por toda la geografía española. Casi sin darnos cuenta, se va creando, a través de la música, un espíritu de encuentro con Dios y con la fe. La mayoría de las canciones relataban la vida de Jesús o hablaban de valores cristianos. A partir de ahí surge un movimiento de jóvenes y de matrimonios que, a lo largo de varias décadas, tiene una gran repercusión en toda España.

Sin ninguna programación especial, Brotes de Olivo hace que esas canciones promuevan el encuentro con Dios de muchos jóvenes y mayores.

Las mejores cosas suelen nacer sin guion previo. Cuando contemplas esta larga trayectoria de más de medio siglo, ¿qué has aprendido en esta aventura de evangelizar a través de la música? ¿Cómo te ha ayudado la música a vivir y a expresar tu fe?

Para mí la música es el lenguaje universal. Hay muchos idiomas que no entiendo, pero, sin embargo, oigo una música asiática o africana y enseguida soy capaz de comprender lo que quieren transmitir. Aunque no entienda la letra, sé que la música llega al alma. La música no solo transmite algo a través de la palabra, sino también a través de los sonidos, la armonía, la dulzura, el gusto, la sensibilidad... Creo que es el lenguaje fundamental para comunicar el Evangelio. Es capaz de llegar adonde uno ni sospecha. Dios hace milagros a través de la música. De ahí, la importancia de poner alma en lo que se canta.

Sé que conoces historias de personas, incluidos muchos religiosos, que han tenido una fuerte experiencia espiritual a través de vuestras canciones. ¿Cuáles, de vuestro amplio repertorio, son las que más te han llegado al corazón, las que cantas con más fuerza?

Hay muchas. Quizás, empezando por el disco sobre el Evangelio según San Juan, destacaría *Allanad los caminos* o *El Buen Pastor*. También me llegan mucho algunas canciones de Navidad (*Navidad en el corazón*), o *La sal y la luz* y *Aleluya de la tierra*. Cuando éramos pequeños, algunas canciones nos hacían sufrir. Me acuerdo de *Crucifícale*. Me llamaba la atención que el pueblo, después de haber vitoreado con palmas a Jesús, deseara que lo crucificasen. Te hace ver lo voluble que es la voluntad humana y lo manipulables que somos

todos. Todo esto se adentra en el corazón de un niño. Con el paso del tiempo, aprendes a valorar la naturaleza humana.

¿Alguna otra canción significativa?

Recuerdo el disco sobre las Bienaventuranzas. Me emociona recordar canciones como *No sientas tú tristeza por mi mal* o *Es posible*. Muchas de ellas han sido la banda sonora de mi infancia y parte de mi juventud, de mi vida en general. *Como habitáis vuestras casas con celo tan desmedido* también. Son canciones que te hacen ver que somos mucho más allá de lo que vivimos.

Las canciones que más me han marcado son las que me impulsan a acercarme a las personas y a Dios. A través de estas canciones, he comprendido, junto con mis hermanos, que somos una prolongación del Padre. Y que somos responsables de transmitir ese amor. Esta tarea no es una carga, sino una bendición.

Lo hemos hecho de manera sencilla, sin grandes pretensiones. Al final, es Dios el que hace llegar a las personas lo que sale desde el corazón. Creo que eso es lo importante, que salga del corazón con la intención sincera de transmitir el amor de Dios.

Saliéndonos del panorama estrictamente cristiano, ¿ha habido algunas canciones de otros músicos que te hayan gustado o incluso inspirado?

Por supuesto. El primer grupo que me viene a la cabeza es Aguaviva. Tuvo una gran influencia.

Recuerdo haber ido a un concierto suyo en Huelva. Su estilo y su energía juvenil me influyeron mucho. También influyeron en mis padres, que eran los que hacían las canciones. Recuerdo a bastantes cantautores españoles, como Hilario Ca-



macho, Joan Manuel Serrat, etc. En mi casa escuchábamos también a los Beatles, Supertramp, Pink Floyd, Sting y muchos otros solistas y grupos. Creo que hay que escuchar música para aprender a cantar. En mi casa siempre sonaban también composiciones de música clásica.

Los conciertos te han puesto en contacto con muchas comunidades cristianas (parroquiales, colegiales, religiosas, etc.). Desde esa atalaya, ¿cómo ves la situación hoy de la Iglesia en España?

La Iglesia es el reflejo o la representación de nuestro Padre Dios en la tierra. Estamos llamados a mostrar cómo el Señor se hace presente en el camino de este mundo tan loco y a veces tan sumido en el dolor, tan contradictorio. Entiendo que la Iglesia tiene que ser la comunidad que viva y transmita el amor de Dios a un mundo contradictorio y lleno de dudas.

Se trata de contribuir a crear un mundo más equilibrado, que cuida la

casa común, que trata de ayudar al desvalido, al niño que muchas veces no sabe dónde ha nacido ni por qué sufre tanto.

Creo que la Iglesia tiene que ser la casa que acoja a todos y que presente con claridad el rostro de un Dios vivo, de un Dios amor. Esto es lo más necesario porque a menudo hace mucho ruido el mal.

Tú, que tienes hijos y sobrinos jóvenes y que te has movido mucho en el ámbito juvenil, ¿ves algunos signos de lo que hoy algunos sociólogos llaman el despertar religioso de la generación Z, el «giro católico»?

No sabría decirte. Yo trato de estar abierto a mis hijos, a los jóvenes en general, para saber lo que buscan. En mi casa mis hijos han crecido en un ambiente cristiano. Quizás ahora ellos no actúen como tal, ni participen activamente en la vida de la Iglesia, pero te aseguro que lo que quieren es vivir en un mundo justo, equilibrado, un mundo donde el amor, el encuentro, la honestidad, el trabajo y la honradez prevalezcan sobre otras realidades de moda.

Si esto coincide con los valores católicos, entonces podemos hablar de un «giro católico».

Lo que los medios denominan así me parece más bien algo estético, más que de corazón. Tenemos que hablar de Jesús de Nazaret, en muchos casos sin hablar de Jesús de Nazaret, sino actuando como Él y desde Él. Más que hacer proselitismo del Evangelio, tenemos que vivir el amor y el encuentro con el hermano. A partir de ahí, yo creo que Dios irá haciendo el milagro del encuentro.

Hoy es muy complicado que hablemos de valores «católicos». Debemos acentuar el valor del encuentro, de la unión entre sensibilidades, de la honradez y el amor. Cuanto más acentuamos lo nuestro, más nos separamos de los demás. Me parece que tenemos que tener cada vez más un espíritu ecuménico, abierto, inclusivo.

Creo que la Iglesia ya está caminando en esta dirección. Poco a poco, cada uno desde nuestra comunidad, desde nuestra familia, podemos tratar de que ese *virus* beneficioso se propague a través del mundo.





Como sabes, esta revista está dirigida fundamentalmente a comunidades religiosas. Brotes de Olivo, a lo largo de muchos años, ha entrado en contacto con innumerables comunidades masculinas y femeninas. ¿Qué es lo que más te ha llamado la atención de esta forma de vida cristiana?

Para mí es admirable que una persona —ya sea desde niño o adolescente, desde la juventud o incluso desde la madurez— sienta la llamada de Dios a entregar su vida y transmitir el Evangelio. Me parece algo maravilloso. Creo que toda vocación religiosa es un milagro.

Como músico cristiano, me doy cuenta de la responsabilidad que puedo tener en el desarrollo de esa vocación. ¡Cuántas personas se han acercado a nosotros al acabar un concierto! Nos han dicho cosas como: «Mira, soy una hermana de determinada orden o congregación... o soy hermano, fraile o sacerdote. Vuestras canciones, o una canción

determinada, provocaron la llamada a cambiar de vida, a decidir que tengo que ser sacerdote o religioso o religiosa». Y tú dices: «¿Cómo es posible, Dios mío, que esto suceda?». Entonces, te das cuenta de la gran responsabilidad que supone cantar.

Para mí es, sobre todo, un placer a través del cual Dios es capaz de generar milagros en las personas.

Sin daros cuenta, habéis estado haciendo pastoral vocacional, y no solamente para la vida consagrada, sino también para la vida cristiana porque muchas personas han encontrado en vuestras canciones luz y estímulo. Estoy seguro de que también has percibido vacíos y fragilidades. ¿Cuáles te parece que son los puntos débiles de la vida consagrada actual? ¿Por dónde se le está escapando la vida?

Yo no soy experto en este tema. Es difícil que te hable de fragilidades, porque normalmente los religiosos que conozco no comparten conmigo

estas cosas, pero, desde fuera, me parece que una de ellas puede ser la soledad. Creo que es importante vivir la vida comunitaria sin dejar de ser lo que cada uno es. Uno tiene que ser con naturalidad ese regalo que Dios ha hecho. Somos imagen y semejanza de Dios, ¿no? Somos únicos.

A veces, es posible que la comunidad anteponga determinadas normas que puedan hacer mermar esa singularidad de cada persona. Por lo poquito que conozco, entiendo que ahora hay mucho mayor diálogo, más espacio para exponer, comparar y participar. Eso me parece muy saludable.

Es verdad que parece que cada vez hay menos vocaciones religiosas, pero yo sigo creyendo que el Evangelio enamora. Quizás lo que hay que hacer, a través de los colegios, las parroquias o las misiones, es mostrar la felicidad que genera el estar en contacto con Dios, la paz que nace cuando te sabes parte de un proyecto hermoso, mucho más grande que tú mismo porque viene de Dios.

Aunque estadísticamente la vida religiosa, al menos en el contexto español-europeo, cada vez es más minoritaria, ¿hacia qué caminos tendría que orientarse, qué prioridades o acentos tendría que subrayar?

Creo que es preciso un mayor diálogo entre la vida religiosa y la vida laical.

Las iglesias y comunidades tienen que ser lugares abiertos a todos, especialmente a las personas necesitadas, a los pobres. Hay muchos países donde no cierran las puertas de las iglesias, donde la gente va y se encuentra con Dios a través de la oración. Lo he visto, por ejemplo, en Roma, esas iglesias abiertas donde

ves a gente sentada o de rodillas rezando. Esto es necesario hoy.

A Dios hay que hacerlo más presente. Las grandes maravillas arquitectónicas que tenemos deben estar abiertas para que Dios se acerque a la gente. No es necesario pensar en las grandes catedrales, sino también en las iglesias de los barrios que a veces se encuentran incrustadas en los bajos de algunos edificios.

Se necesita propiciar el encuentro con Dios, pero también con el hermano, con el pueblo.

A Juan le gusta más cantar que hablar. Quizá la mejor manera de concluir esta entrevista sea visitar la página web www.brotosdeolivo.es y escuchar alguna de las muchas canciones de Brotos de Olivo contenidas en los 31 discos que se ofrecen gratis a quien desee descargarlos.

Sería hermoso escoger y agradecer aquellas que más han influido en el itinerario vocacional de los lectores. ☺





Bautismo del Señor y vida consagrada

Carolina Blázquez, ccsb

MONASTERIO DE LA CONVERSIÓN (ÁVILA, ESPAÑA)

Una de las grandes aportaciones de la renovación conciliar ha sido el redescubrimiento de la vocación bautismal como corazón de la vida cristiana: su germen y su destino, pues del bautismo, como de un manantial, brota la plenitud del ser cristiano: el don de la santidad por la conformación con Cristo.

Sin embargo, es aún asignatura pendiente la comprensión y el cuidado de la celebración litúrgica del bautismo del Señor, enclavada al final del tiempo litúrgico de la Navidad.

El bautismo de Cristo en el Jordán es anticipo, en los albores de la vida pública, del misterio pascual en el que participamos por el bautismo sacramental:


«por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6,4).

La vida consagrada podría colaborar en la mistagogía de esta liturgia *difícil*; puesto que es en el bautismo sacramental, principio de la cristificación, donde nace y se nutre la vida de especial seguimiento a Cristo, virgen, pobre y obediente.

La clave de esta mistagogía estaría, por tanto, en lograr vincular el

bautismo de Cristo, el misterio de su muerte y resurrección, el sacramento del bautismo y la vida consagrada.

Se me ocurre profundizar teológicamente, a través de la catequesis o las moniciones litúrgicas, en el movimiento de descenso de Cristo hasta hacerse siervo por amor; o bien, en la gracia del nuevo nacimiento, que expresa toda experiencia vocacional; o, sencillamente, profundizar en el símbolo litúrgico de la luz, de las candelas encendidas, que acompañan todas estas celebraciones: el bautismo, la Pascua y la consagración religiosa.

Se cumplirá así el intercambio eclesial y la renovación de lo esencial de la vida cristiana traerá consigo una revitalización de nuestra vocación religiosa y, al revés, la luz de nuestra especial consagración alumbrará el camino de todos. 



LA BELLEZA PROMETIDA: Rehacer el puente entre «Vita consecrata» y «Christus vivit»

José Cristo Rey García Paredes, CMF
MISIONERO CLARETIANO (MADRID, ESPAÑA)

El 25 de marzo de 1996, Juan Pablo II firmaba *Vita consecrata*. Su título original —excluido después— lo decía todo: *Divinae Pulchritudinis Amore* —«Por amor a la Belleza divina». Soñaba con una vida consagrada presentada como *philokalía*, amor a la belleza, «icono de la Trinidad».

La intuición era generosa y profunda: esa Belleza, bien contemplada, atraería irresistiblemente a los jóvenes. Los noviciados se llenarían.

Treinta años después, el espejo devuelve una imagen desconcertante: noviciados vacíos, un otoño prolongado.

La paradoja duele: ¿cómo un documento tan hermoso no generó la primavera esperada?

Las cifras son elocuentes. La «internacionalización» enmascara la pregunta incómoda: ¿por qué la vida consagrada ya no seduce en la tierra de Francisco, Teresa o Ignacio?

Christus vivit: el giro necesario

En 2019, el papa Francisco publica *Christus vivit*. El tono cambia radicalmente: ya no es teología «desde dentro», sino un grito «hacia fuera». «¡Él vive y te quiere vivo!».

Mientras *Vita consecrata* presentaba la belleza objetiva, *Christus vivit* apuesta por el encuentro subjetivo, la aventura, el «ahora de Dios». Las mismas siglas —VC, CV—, pero invertidas.

La pregunta es crítica: ¿hemos aprovechado este impulso? La respuesta honesta duele: en gran medida, no. El documento existe, pero actualizarlo... sigue pendiente.

Tres brechas mortales

El diagnóstico pasa por tres fracturas:

- **Entre teología y experiencia.** Para un joven de hoy, el lenguaje denso de *Vita consecrata* suena lejano. Lo que llamamos «excelencia objetiva», ellos lo perciben como sistema cerrado. *Christus vivit*, en cambio, parte de su pregunta real: «¿Para quién soy yo?».
- **Entre promesa y testimonio.** Los jóvenes no se enamoran de doctrinas, sino de testigos. Donde hay consagrados *fascinados* —no solo dedicados—, las vocaciones surgen. Pero ¡cuidado! La fascinación sin madurez, sin estructuras comunitarias sanas, deriva en sectarismo. La atracción auténtica es don del Espíritu Santo, no dependencia de un líder.
- **Entre la propuesta y la irrelevancia.** La secularización «hoy» es, sobre todo, indiferencia. Para muchos jóvenes, lo religioso ya no es





una categoría significativa. Francisco lo dice sin tapujos: «Algunos jóvenes no piden nada a la Iglesia porque no la consideran significativa».

Hacia una pastoral de la fascinación

Necesitamos, por tanto, una *pastoral de la fascinación*. *Vita consecrata* aporta el *contenido*: la belleza trinitaria. *Christus vivit*, el *método*: partir de la experiencia, acompañar procesos. Francisco da la clave: «Muchos jóvenes se sienten atraídos por ayudar a otros». La entrada hoy es el servicio, la experiencia encarnada, no el discurso. Comunidades alegres, fraternas y en salida pueden ser ese puente.

El celibato: de la renuncia a la profecía

Aquí tocamos el nervio más profundo. Durante décadas vendimos el celibato en clave *ascética*: renuncia, sacrificio, dominio. Esa perspectiva,

aunque válida, hoy no atrae. El celibato consagrado es, ante todo, *un carisma profético del Espíritu*. Es el fuego que hace libre para amar sin poseer y ser fecundo de otro modo. Jesús habló de los que «se hicieron eunucos por el Reino de los cielos» (Mt 19,12). No es un peso, sino un don gozoso que anuncia que Dios basta. Cuando se vive así —como testimonio de una Belleza que satisface—, atrae. Cuando se vive como imposición, espanta.

Conclusión: la incomodidad que genera primavera

No se trata de celebrar nostálgicamente *Vita consecrata* ni de aplicar *Christus vivit* como receta. Se trata de *rehacer el puente* entre la belleza objetiva de la tradición y la experiencia subjetiva del joven. Entre el carisma fundacional —siempre revolucionario— y su expresión institucional, a menudo anquilosada.

El espejo de 2026 incomoda. Pero esa incomodidad pastoral es el primer paso de la conversión. Y la conversión, no los documentos solos, genera primaveras.

La belleza prometida sigue siendo verdadera. Pero necesita testigos que la hagan *visible, creíble y atractiva*. Quizás el Espíritu no nos llama a llenar los viejos noviciados, sino a inventar, desde los márgenes, nuevas formas de vida consagrada que mantengan la esencia con un lenguaje que sintonice con el corazón de hoy.

Cristo vive. Y donde Él vive de verdad, en comunidades fascinadas y fascinantes, la Belleza divina sigue ejerciendo su poder de atracción. No porque seamos perfectos, sino porque hemos encontrado el Tesoro. Y quien encuentra un Tesoro, no puede dejar de compartirlo. ☪



Padres Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores (Amigonianos)

HENRY BETANCURTH

El Instituto de los Padres Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, conocidos como Amigonianos, es una congregación religiosa de derecho pontificio dentro de la Iglesia Católica, fundada por Fr. Luis Amigó y Ferrer (1854-1934), obispo capuchino, apóstol incansable de la juventud y profeta de la misericordia educativa. Nuestro ca-

risma nació del corazón compasivo del Padre y de la mirada restauradora de Cristo, para acompañar, educar y reinsertar a los niños, adolescentes y jóvenes que atraviesan situaciones de vulnerabilidad, riesgo social, exclusión o conflicto con la ley, promoviendo siempre su dignidad e impulsando procesos de conversión, sanación e integración.

La Eucaristía es el centro de nuestra vida consagrada y misión. En ella aprendemos a ser amor que repara, presencia que acompaña y entrega que restaura. Nuestro Instituto contempla a Cristo Buen Pastor y a Nuestra Señora de los Dolores como inspiración permanente: un amor que sufre con el que sufre, que abraza sin juzgar, que corrige sin destruir y que confía en la gracia por encima de la fragilidad humana. Los consejos evangélicos de obediencia, pobreza y castidad los vivimos como respuesta de amor radical a Dios y como gratuidad apostólica que nos libera para servir sin reservas.

Nuestra misión se encarna principalmente en hogares, centros educativos, obras sociales, parroquias, proyectos de prevención, justicia restaurativa y programas pedagógicos que integran lo humano y lo espiritual. La Pedagogía Amigonia-

na, o pedagogía de la presencia, nos lleva a educar desde el acompañamiento cercano, con bondad firme, disciplina que dignifica, afecto que reconstruye y un profundo sentido de familia. Creemos que toda historia puede transformarse cuando un joven es mirado con la confianza que Dios deposita en cada uno de sus hijos. Por eso educamos con paciencia de sembrador, sabiendo que los frutos son de Dios y los procesos tienen tiempos sagrados.

Nuestra espiritualidad es profundamente fraterna. Vivimos la comunidad como casa de discernimiento, perdón, escucha, corresponsabilidad y misión compartida. Ser amigonia no es ser hermano, ser presencia, ser puente. La autoridad es servicio; la pobreza es solidaridad real con los descartados; la castidad es un amor consagrado que nos ensancha el corazón para abrazar el mundo sin



poseerlo. Somos religiosos que caminan al lado, no delante; que acompañan desde el barro confiados en la gracia; que evangelizan educando y educan evangelizando.

Actualmente, los amigonianos estamos presentes en Europa, América, África y Asia, sirviendo especialmente a la juventud desde hogares y obras educativas donde se promueve la fe, la convivencia, el desarrollo integral y la justicia restaurativa.

En lugares como el Hogar Zacarías Guerra, Managua-Nicaragua celebramos la fidelidad de Dios, reconociendo más de cinco décadas de trabajo educativo en favor de la niñez y la juventud, compartiendo misión con laicos de la familia amigoniana, educadores, psicólogos, agentes de pastoral, bienhechores y colaboradores que sienten la fuerza transformadora de este carisma. Porque nuestra misión no se sostiene solos, sino con otros y para otros, como red de misericordia que la Iglesia necesita en cada tiempo.

Nuestra formación vocacional y religiosa integra el crecimiento humano, espiritual, comunitario e intelectual. Acompañamos procesos con seriedad, cercanía y discernimiento, desde etapas como aspirantado, pre-noviado, noviado, pos-noviado y formación permanente.


Queremos formar religiosos con un corazón mariano, misionero, restaurador y franciscano, capaces de mirar la realidad con esperanza y de actuar desde la caridad que corrige, orienta y transforma.

Nuestro instituto cree firmemente que la vida religiosa es un don para la Iglesia y un bálsamo para la humanidad, especialmente para la juventud herida.

Somos una congregación que ofrece amor que restaura, no que condena; oportunidad que levanta, no que excluye; presencia que educa, no que abandona. Allí donde un joven necesita ser escuchado, sostenido y orientado, los amigonianos deseamos ser expresión viva del abrazo misericordioso del Buen Padre Dios.

Hoy renovamos nuestro compromiso: acompañar la vida real, caminar la historia concreta y educar para restaurar personas nuevas para un mundo nuevo.

Abrimos la invitación a quienes sienten el llamado de Dios a servir a la juventud desde la misericordia, la presencia educativa y la justicia del Evangelio.

Serás siempre bienvenido a esta familia donde oramos juntos, caminamos juntos y servimos juntos. Somos amigonianos. Somos Iglesia. Somos misión que restaura. 

Si desean dar a conocer su instituto en esta sección de la revista, pueden enviar un texto de 7.000 caracteres (con espacios) y tres fotos significativas de buena calidad a: secretaria@vidareligiosa.es



Más allá de la moda

El arte y la cultura popular parecen mostrar un regreso de lo religioso, especialmente entre los jóvenes. La fe parece haberse puesto de moda. ¿Es esto una buena noticia?

Juan de Dios Carretero, ss.cc.

«**Q**uién pudiera vivir entre los dos, primero amar el mundo y luego amar a Dios». Con este anhelo comienza la famosa cantante catalana Rosalía su reciente disco (*Lux*, 2025). La publicación de este álbum, en cuya carátula encontramos a la artista vestida de hábito blanco, ha sido una señal más de lo que parece ser un cambio de tendencia

en la cultura popular respecto a su opinión sobre cuestiones religiosas y espirituales. Rosalía se atreve a cantar proclamando su amor al mundo y su deseo de Dios. Y en ese canto quizás recoge también el anhelo de tantos jóvenes y no tan jóvenes que vibran con su voz.

Como buena artista, Rosalía consigue captar y expresar un senti-

miento compartido por muchos. La sed de «algo más» parece irse abriendo paso en la nueva generación de jóvenes, que cada vez es menos reticente a expresar esta inquietud de forma artística, como a través de discos de música sobre preguntas espirituales o películas ambientadas en contextos de búsqueda religiosa. Si nos acercamos al ámbito confesional católico, el éxito de algunos movimientos, especialmente en sus actividades de primer anuncio entre los jóvenes, los multitudinarios conciertos de artistas cristianos, o los *influencers* que deciden dar el paso y comenzar su andadura en el seminario, nos hablan también de una generación en búsqueda, quizás con mayor sensibilidad y menor prejuicio hacia las preguntas trascendentales.

Lo que parece evidente es que esta generación de jóvenes parece tener unas claves diferentes desde la que debe ser comprendida y acompañada. Y esto, como en todo tiempo, genera una distancia generacional que supone un desafío para los que queremos ofrecer una palabra valiosa a los que vienen por detrás en nuestro camino. Esta tensión entre paradigmas diferentes se plasma con gran acierto en la película *Los domingos* (Alauda Ruiz de Azúa, 2025). El argumento es sencillo y reconocible, especialmente para los que no hace tanto que dimos el paso a la vida religiosa. Una chica joven, Ainara, alumna de un colegio religioso, informa a su familia de su decisión de entrar como religiosa en un convento de clausura. Esto desata una oleada de reacciones diversas entre su familia y amigos. En el transcurso de las discusiones familiares se muestra con claridad esta distancia generacional. La familia (en general poco creyente) se sitúa desde los

prejuicios (positivos o negativos) hacia lo que es la religión, la Iglesia en España, las monjas de clausura... Ainara, por su parte, desde su inocencia y juventud, solo es capaz de reconocer que ha experimentado el amor de Dios en su vida, y que desea responder con todo lo que tiene. Ainara y su familia hablan del mismo tema, pero no hablan el mismo idioma, no son capaces de situarse en el mismo nivel.

Esta película, cuya directora se manifiesta como no creyente, muestra también el clima actual de respeto y curiosidad hacia la dimensión religiosa del ser humano. La confluencia de estos distintos elementos que vamos nombrando ha despertado el interés de los medios de comunicación, que se apresuran a hacer lecturas absolutizadoras y a afirmar sin tapujos que lo religioso y lo cristiano vuelve a estar de moda. Y quizás nosotros, ávidos de buenas noticias y éxitos pastorales, podemos correr el riesgo de alegrarnos prematuramente ante signos que requieren tiempo y una lectura más profunda.

Es cierto que estos hechos parecen confirmar algunas intuiciones sobre las que muchos hemos fundamentado nuestra vida. Creemos que el ser humano tiene una apertura a la trascendencia, una capacidad espiritual que nada ni nadie puede arrebatárle. Pensamos que la sociedad de consumo no satisface los profundos deseos del corazón humano, que solo en Dios encuentra su consuelo y descanso. Nuestros jóvenes se enfrentan hoy a un futuro incierto, viendo en sus propios padres como las promesas de la sociedad del bienestar no se han visto cumplidas. De nuevo, esta juventud se topa con una «necesidad de salvación» que no encuentra respuesta en el mundo. Y ahí




se abre más fácilmente una puerta a mirar más allá.

Sin embargo, esta situación nos plantea el desafío de aprender a acompañar esas nuevas búsquedas. El primer paso quizás sea aprender a distinguir entre lo espiritual y lo religioso. Algunos jóvenes pueden mostrar una verdadera inquietud espiritual y se acercan con interés a nuestros templos. Otros, tal vez, vienen buscando más bien la identidad que otorga la religión, y buscan compartir ritos y costumbres con otros, para así sentirse parte de un grupo más amplio. No vienen con las mismas preguntas, y no les podemos dar las mismas respuestas.

Por otro lado, aunque podamos alegrarnos ante esta nueva tierra fértil, no podemos caer en el riesgo de la generalización. Hemos hablado aquí de jóvenes con inquietudes y posibilidades de afrontarlas. Nos situamos así en el contexto de las grandes capitales, y con jóvenes con una formación y unas capacidades que les permiten desarrollar esta sensibilidad espiritual. No podemos olvidar a los jóvenes que están fue-

ra de este ámbito, en territorios más descuidados o jóvenes que viven en situación de marginación. También ellos pueden tener este anhelo que hoy parece manifestarse con mayor claridad.

Y quizás ahí es donde nuestra vida religiosa pueda seguir aportando su luz propia, testimoniando que Dios nos busca a todos, que cuando descubrimos que deseamos algo más, Él ya nos estaba buscando desde mucho tiempo atrás, que el cristianismo no es y no puede ser una moda, porque el Evangelio rompe una y otra vez nuestros esquemas y expectativas, que Cristo es la respuesta a unas preguntas que algunos empiezan a hacerse, pero que necesitan hacer camino para llegar a una respuesta que nunca se agota. Y, por supuesto, que quizás el amor a Dios y al mundo no se contrapongan tanto como experimenta Rosalía, sino que sólo desde Dios se puede amar bien al mundo, y que amando profundamente el mundo quizás se pueda encontrar al Dios que decidió hacerse carne para venir al mundo. 



Una esperanza que libera: la experiencia africana

Gregory Ezeokeke, CMF

(ABUJA)

La Iglesia acaba de celebrar un jubileo en el año 2025. En la Iglesia, los jubileos se celebran cada 25 años.

Esta tradición se remonta a las raíces bíblicas que se encuentran en las leyes levíticas sobre la renovación espiritual y el reencuentro del pueblo de Dios con *Yhwh*, y debía observarse a intervalos de 50 años.

Los jubileos levíticos proporcionan esperanza al pueblo de Dios en general y, más aún, a los oprimidos entre ellos. Los israelitas que habían perdido sus propiedades y su libertad encontraron un respiro en este evento destinado a devolverles la esperanza, la renovación y la unidad.

La comunidad israelita debía traducir la fe de la alianza en realidades sociales que proporcionaran bienestar, orientación y esperanza.

Cuando el actual presidente de Nigeria se presentó a las elecciones en 2023, utilizó el eslogan «Renovada esperanza» para atraer a los votantes nigerianos.


Ese eslogan se basa en la suposición de que la administración anterior de su propio partido político, a la que pretendía sustituir, ofrecía esperanza a los nigerianos.

Sin embargo, tanto la administración anterior como la suya propia tras las elecciones resultaron ser desastres absolutos.

Los africanos están acostumbrados a las falsas promesas que se hacen durante las elecciones y están realmente cansados de escuchar promesas que se basan únicamente en la esperanza y nada más.

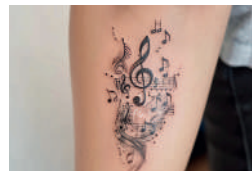
Por esta razón, los apostolados de la Iglesia y la vida consagrada se enfrentan a un obstáculo existencial que se opone al mensaje cristiano de esperanza que busca liberar.

Las personas consagradas en África hoy en día deben buscar un término medio vital entre el brillo y el atractivo de la esperanza y la concreción de la presencia divina arraigada en las realidades y el contexto de las personas.

Por lo tanto, debemos recordar que la esperanza es un puente entre la fe y la caridad. Nuestro trabajo debe estar arraigado en una caridad visible y concreta que haga que nuestra fe sea visible, comprensible y liberadora. 

Tatuajes

Pedro M. Sarmiento, CMF




La ingeniería genética ofrece posibilidades de transformación de la vida que en el pasado habrían sido impensables. La secuenciación del ADN, ha abierto paso a su modificación y a la posibilidad de la mutación del ser humano. Nos hemos cambiado a nosotros mismos desde el origen de los tiempos. El tatuaje ha sido una de las prácticas constantes en las civilizaciones. Se practicaba en la antigüedad con una función simbólica de pertenencia a un grupo, una función diferenciadora e incluso cultural. En la actualidad ha pasado de ser un signo de protesta o contracultural, como lo era en los años sesenta del pasado siglo, a ser una moda muy generalizada. ¿Por qué se tatúan las personas?

En 2007 Silke Wohlrab, Jutta Stahl y Peter Kebler sintetizaron las motivaciones para hacerse un tatuaje en varios tipos: «Belleza, arte y moda», «individualidad», «narrativa personal», «perdurabilidad física», «compromiso o afiliación grupal», «adicción», «motivación sexual», y el cajón de sastre de «sin razón específica». Algunas motivaciones apuntan a la relevancia del diálogo con el entorno, otras lo dejan al margen y convierten los tatuajes en símbolos antisistema.

El tatuaje es como una barrera simbólica que protege de la indiferenciación. Precisamente en el momento en que la humanidad está más uniformada, homogeneizada (moda, comportamientos, hábitos, cultura, etc.), recurrir a un tatuaje genera la ilusión

de poder afirmarse, al menos con el propio cuerpo, como una obra de arte diferente (dejando de lado el generalizado mal gusto). El tatuaje permite la modificación «sintética» del ser humano con realidades simbólicas de tinta, que no están en nuestra naturaleza pero que sirven para buscar una nueva definición de uno mismo. Por debajo está también la necesidad externa de completarse indefinidamente, por eso hay muchas personas adictas a los tatuajes extremos sin límite.

Como seres humanos nos estamos confrontando con los interrogantes siempre nuevos y siempre antiguos: ¿quiénes somos?, ¿cómo queremos que nos vean los demás?, ¿cuál es la diferencia entre ser y aparecer?, etc. La definición del ser humano como un ser maleable, modificado tecnológicamente, es una de las constantes principales del pensamiento llamado *posthumano* y *transhumano*. ¿Tendremos algo que ofrecer a estas demandas desde la lógica creyente? No es cuestión de tatuarse una cruz para establecer la diferencia de quien cree, pero: ¿podemos renunciar al reto de bautizar a cada prójimo con su nombre y su diferencia? Jesús lo hizo con sus discípulos, incluso los motejaba. Valorar esa riqueza de lo diverso, es una confesión de fe muy actual, nunca pasará de moda, y puede hacer que quienes están a nuestro lado se puedan sentir, en palabras de Kierkegaard, como «el único ante Dios». 



La era digital *Teoría de cambio de época:* *persona, familia y sociedad*

Pablo Benanti

165 pp.

Ediciones Encuentro, Madrid 2024.


Paolo Benanti es un franciscano de la Tercera Orden Regular, profesor de teología y miembro de la Academia Pontificia para la Vida. Es investigador en ética, neurociencia, bioética y ética de las tecnologías y la inteligencia artificial.

En este libro analiza cómo la condición digital ha cambiado la forma en que concebimos el mundo. Su investigación afronta el reto que supone la civilización de lo posthumano, las implicaciones culturales de la sociedad digital, la comprensión del cuerpo y la sexualidad, la relación del hombre con el artefacto tecnológico y la tecno-ética, la aparición de lo sintético y el desafío de comprender la tecno-ética.

Según el autor «este texto no pretende ser un estudio sobre la naturaleza de las cosas de las que habla (realidad, verdad, hombre, familia, etc.), sino más bien una descripción de cómo estas parecen surgir en la conciencia de nuestros contemporáneos» (p. 15). El libro es tan sólo descriptivo del cambio de época. Un mundo “artificioso” ya está aquí, y el autor lo describe como la cultura pop. El uso de esta terminología, a día de hoy, tal vez resulte extraño, pues tiene demasiadas reminiscencias del pasado inmediato, que ciñen el tér-

mino a una contracultura de los años sesenta y setenta del pasado siglo. Más allá de esta elección, el autor quiere hacernos caer en cuenta de las transformaciones que nos afectan, desde la invención del chicle hasta los enormes procesos de datos; él lo describe como la realidad sintética, que determina todo lo que nos rodea.

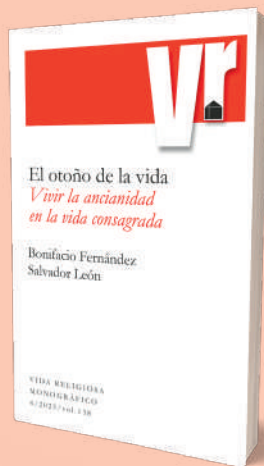
La revolución informática y de los medios de comunicación hace que nuestros contemporáneos, con la ayuda del ordenador, estén abandonando la búsqueda de las causas, en favor de esta nueva vía sugerida por el computador y sus algoritmos de inteligencia artificial. Esta cultura sintética nos ha de llevar a mejorar lo humano para orientarlo hacia nuevos modos de existencia inéditos.

La educación, la racionalidad, los modelos familiares, la relación de la humanidad con el entorno, la sexualidad etc., han de ser repensados, para no acabar con los valores y el sentido. El autor describe todo este nuevo horizonte para que no lo ignoremos, sin aportar soluciones, como toma de conciencia. Curioso en el libro es la introducción de cada capítulo con el texto de una canción italiana actual. Un recurso que lo ameniza más allá de la descripción de esta era digital, confusa y polivalente. 

El otoño de la vida

Vivir la ancianidad en la vida consagrada

Bonifacio Fernández,
Salvador León



Con la llegada de la vejez se pierden facultades, pero se ofrecen **nuevas oportunidades**.

Este monográfico trata de ayudar a la **formación permanente** en unas edades en las cuales parece que solo cabe vivir de rentas. Propone un tipo de proceso que se inspira en la **dinámica de la encarnación**.

Busca impulsar la integración de distintos aspectos de nuestras vidas: lo **espiritual** y lo **corporal**, lo **personal** y lo **comunitario**, lo **temporal** y lo **escatológico**..., en la edad de cada persona.



CARISMÁTICAS

FAMILIAS

ECLESIALES

III Simposio

FAMILIAS ECLESIALES

30 – 31 de enero

«Serán todos discípulos de Dios»

Jn 6,43

XXV Encuentro de Juniores

FAMILIAS CARISMATICAS

6-7 de marzo

«Primavera del Espíritu»

Lugar Salón de Actos ITVR – ERA
Viernes tarde | Sábado día completo

Lugar e inscripciones:

C/ Juan Álvarez Mendizábal,

65 dupdo. | 28008 Madrid

+34 91 540 12 73 | 626 27 80 77

secretaria@itvr.org | itvr.org

